





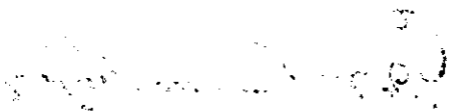
J. A. Estrada

E/983

LORIMON,
Ó EL HOMBRE SEGUN ES.

Ed. de D. Francisco X. de la Cruz

3



LORIMON,
Ó EL HOMBRE SEGUN ES:

OBRA PUBLICADA EN FRANCES

POR B.. ARNAUD,

Y LIBREMENTE TRASLADADA AL ESPAÑOL

POR D. J. M. de C.

TOMO TERCERO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS.
1805.



*Quid rides? mutato nomine de te fabula
narratur.*

Horat.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104877560

AL LECTOR.

Dice un autor (1) frances que todas las obras, y principalmente las romancescas y dramáticas, deben encaminarse á la perfeccion del talento humano, y á la solidez de la moral. He aquí la causa de que la presente obra sea tan útil á la sociedad, así como todos los escritos lo serian si sus autores tuviesen suficiente habilidad para dirigirse al mismo fin, y desempeñarle

(1) P. Gallet.

con perfeccion. B. Arnaud no creyó nunca dar en Lorimon una obra clásica, una obra del primer género de literatura; pero siempre se propuso contribuir al bien universal, y hacer que el hombre sepa entrar en sí mismo, penetrarse de las verdades que lea, y conocer la deformidad de sus errores y de sus vicios. Nerón gustaba de ver la representacion de las tragedias, y la gloria de la poesía seria extremada si con este medio hubiese hecho que la piedad tuviese algun lugar en el corazon de tan terrible tirano. ¿Y quién duda que las novelas bien dirigidas causarían

III

los efectos mas saludables? Ellas andan en manos de todos, son muy perceptibles á la inteligencia universal, y es de consiguiente mayor el número de los que pueden hacerse un cargo ventajoso de sus fines morales, y adelantar acaso en mayor grado que con las grandes obras filosóficas. Por esto mismo ven todos los sensatos con tanto dolor la multitud de errores imperdonables que en el espacio de pocos años se han extendido en las novelas que inundan á la Europa, corrompiendo el buen gusto, y las ideas mas razonables. ¿Y qué ha de suceder? Muchos

de sus autores ó traductores tratan de asegurar á poca costa un lucro ventajoso, y para esto adulan las pasiones, las estimulan, y lisongeando nuestras propias debilidades consiguen mejor sus intentos y ganancia. Así es que de diez años á esta parte se han publicado tantas novelas... ¡Pero qué novelas!

No terminariamos si hubiésemos de hablar de este particular en toda su extension, y seria ademas salirnos de nuestro principal objeto. Solo nos toca corresponder agradecidos al aprecio con que el público ha

honrado nuestra obrita , y por lo mismo le ofrecemos al fin del quarto y último tomo una pequeña historia escrita por el mismo autor del Lorimon, intitulada: *Enriqueta, ó la Anécdota del día.* “ Esta vagatela (dice el mismo) no es enteramente inconexâ con la obra que la precede , porque es tambien relativa al buen órden y á la conservacion de las sanas costumbres. Es de esperar que los padres encuentren en ella un quadro que hable , es decir, que les ofrezca continuamente una de las obligaciones que esencialmente les estan prescri-

tas: tal es el incesante desvelo con que han de exâminar la conducta de sus hijos, y principalmente si son del sexô mas fácil á ceder al ímpetu dominante de las pasiones.”

Se advierte tambien que esta Historieta no es meramente un juego de la imaginacion. La aventura que en ella se refiere es cierta, y se ha visto confirmada en algunos papeles públicos.

QUARTA PARTE.



MI EDAD MEDIA.

ARTICULO PRIMERO.

Mi juventud habia desaparecido á manera de un sueño que se desvanece, y habian ocupado su lugar otros sueños y diversas ilusiones. La ambicion es la que me presenta su poderosa imágen (1), y me llena de un nuevo deseo, ó

por mejor decir, de una nueva enfermedad del alma. Todas las impresiones que hasta aquella época habia recibido fuéron demasiado fugitivas: como, por exemplo, el gusto inconstante hacia las frivolidades, el aturdimiento continuo, y el libertinage, que destruyó el fuego del verdadero amor que tan corto tiempo habia movido mi corazón.

Véaseme pues convertido en un ambicioso, en un intrigante que á qualquier precio procuraba hacerse superior á quanto le rodeaba, esforzándose únicamente (2) en atraerse la falsa atencion que tanto dista de la verdadera, que tanto

buscan las gentes que se llaman de mundo, y que solo sirve para mostrar mas á las claras sus imperfecciones, sus vicios, y su ningun valor. Solo me faltaba esta violenta fiebre, que destroza el corazon humano. No hay duda que serian muy recomendables mis intenciones si hubiese procurado distinguirme por medio de las virtudes, del talento y de las buenas acciones: pero en nada pensaba ménos que en esto. Igual á muchos individuos buscaba únicamente el vano esplendor, y la engañosa apariencia, porque mi corazon era incapaz de sentir, y de apreciar la verdad. ¿Es acaso una de las malas qualidades inse-

parables de nuestra naturaleza la de constituirnos el eterno juguete de los errores, y de la impostura á veces mas grosera y perjudicial, tanto á los intereses agenos, como á los nuestros propios?

Sin embargo continuaba mirando con la misma indiferencia mis principales obligaciones: quiero hablar de la educacion de mis hijos (3). Jamas experimenté respecto de ellos ciertos movimientos del alma, que tanto interes envian aun á las cosas mas indiferentes, y en varias ocasiones me contentaba con darles algunos abrazos (4). Nunca procuré introducirme en sus corazones, ni alimentar los primeros sentimientos

que rectamente deciden el resto de nuestros dias, pues juzgaba satisfechas mis obligaciones paternas entregándolos (5) al cuidado de los Ayo's, que tan poco suelen saber de lo que corresponde al verdadero estudio del hombre. Mi muger en este particular era mi exácta copia, y aun quando los veia mas á menudo, se limitaba á prodigarles ciertas caricias tríbiales, que por lo regular sirven para echar á perder á los niños. Los míos con todo llegaban ya á aquella edad en que la razon empieza á brillar, y en que el individuo va haciendo uso de su entendimiento, y se acostumbra á pensar (6): edad tan

importante para la formacion del ser moral; edad en que no suelen fixar su atencion muchos padres para ruina acaso de sus tristes descendientes.

Yo continuaba sumergido en todos los medios infames, que dificilmente se separan de las intrigas, á pesar de que conocia (7) que solo á fuerza de baxezas se llega con semejante conducta á los fines propuestos. En estas ocasiones es quando uno, á pesar de alguna ligera repugnancia, se siente arrastrado á sacrificar sin vergüenza el ageno interes al suyo propio; á vender la amistad, la probidad, y aun aquello mismo que la socie-

dad en general llama honor. Puede establecerse sin repugnancia que la ambicion está muy inmediata al crimen.

Un hombre á quien llama mi *amigo* se presentó en mi casa, y me dixo si podría hablarne unos instantes sin testigos. Hiciele entrar inmediatamente á mi gabinete, y apénas le ví le dixe con cierto tonillo de franqueza que se asemeja al de amistad: "Mi querido Min-
 "cort, ¿de qué se trata?.. Solos es-
 "tamos: explicaos con la claridad
 "que debe mediar entre los dos..
 "¿Qué asunto es el que os trae á mi
 "casa..? - Acaso el mas interesante
 "(me respondió) para asegurar mi

„felicidad y la de mi familia. Aca-
 „ba de vacar el empleo de * * *.
 „Esta plaza tan lucrativa como hon-
 „rosa pende enteramente del Mi-
 „nistro: no se me oculta que vues-
 „tro valimiento con este señor es
 „muy considerable, y que si os
 „empeñaseis en favorecerme ten-
 „dría mucha probabilidad en el lo-
 „gro de mi intento. Así es que qui-
 „siera que le hablaseis vos mismo,
 „que le interesarais en mi favor, y
 „que ninguno llegase á saber mi
 „pretension.” (En esto le interrumpí,
 no sin estar agitado de algunos
 movimientos secretos): ¿Pero estais
 bien cierto de que esa plaza se
 halla vacante? Sí, me

respondió... " El Conde de... la ha
 "renunciado, y para mí sería ob-
 "tenerla un beneficio muy conside-
 "rable: mi fortuna es muy media-
 "na: tengo muger y muchos hijos:
 "y si consiguiese este empleo (os lo
 "digo con franqueza) conseguía tam-
 "bien una nueva existencia... ¡Ay, y
 "en cuánto grado os debería estar
 "agradecido, si con secreto y acti-
 "vidad me favorecierais!... ¡Y qué
 "sería vuestro placer al probar el
 "dulce consuelo que tienen las al-
 "mas sensibles quando hacen un
 "bien! Vos seriais en este caso mi
 "verdadero bienhechor, y mi reco-
 "nocimiento no tendria límites." –
 Aseguré á Mincurt, que no perderia

ninguna ocasión que le pudiese favorecer, y que desde aquel instante agitaría el asunto con la verdadera energía de la amistad. El buen hombre me dió las mas expresivas gracias, y nos separamos.

Una multitud de ideas se apoderó de mis sentidos en el momento en que me ví solo; pero la mas dominante fixó los movimientos de mi corazón, así como fixa los de todo el género humano: esta es la del propio interes. Este empleo en efecto (me decia á mí mismo) es admirable, y puede muy bien lisonjear la vanidad de un hombre que conoce todo el precio de semejante estado. ¡Qué placer tan in-

inense el de hacernos superiores á quanto nos rodea! ; Y qué dichoso sería Mincurt si por una casualidad consiguiera lo que tantos deseos tiene de lograr!.. Este fervor del destino á qualquiera podría darle envidia, y aun yo mismo sentiria no ser el afortunado... Pero la amistad... La amistad es muy sagrada, y á ella corresponde este triunfo... ; Quántas reconvenciones tendria que hacerme si en este instante fuera capaz!.. de no servir á Mincurt... á un amigo... ; Pero está uno obligado á amar á los demas en mayor grado que á sí mismo?... Este destino me conviene mucho mas que á ese hombre , que no conoce el

verdadero espíritu de la Corte... Con que extremo el auge de mi fortuna aumentaría el crédito y la reputación que en el día disfruto... ¿Las riquezas, el esplendor, no son los primeros objetos que arrebatan la atención de todos aquellos que saben apreciar el verdadero mérito?

Mi pérdida de juego, de la que hablé anteriormente, comenzaba á repacarse. Mi situación se iba restituyendo á su primitivo estado, y mis falsos amigos volvian á visitarme, siendo *Germon* tambien del número de los fugitivos, que ya otra vez dirigian mi nueva existencia.

Este cooció mi agitacion, y no tardó en preguntarme la causa:

inmediatamente le referí que Mincurt se habia interesado conmigo, y esperaba que le hiciese un favor de bastante consideracion : añadí tambien : efectivamente me encuentras sumergido en unas dudas muy terribles... Cierto que tengo algun favor con el Ministro, y mi intencion no es otra que interesarme por el pobre Mincurt, que desea con vivas ansias este destino... Si no se llamase amigo, acaso acaso caería en la tentacion de intrigar en favor mio... ¿Qué te parece?... Un escrúpulo... El honor pue le mucho... Háblame con franqueza... Si fueras Lorimon, ¿á qué partido te

inclinarias?... ¿A qué partido me inclinaria (replicó Germon)? A fe que es bien extraña la pregunta... ¿A qué partido me inclinaria?... Yo no titubeara ni un instante en aprovecharme de la fortuna que se me presentaba... Cansaría a todo el mundo por mi propio interes... Porque, amigo mio, ninguna cosa nos debe mover con mas vigor que nuestro bien estar; que nuestras circunstancias personales... Si fuese una gracia que pudiese repartirse entre los dos, en hora buena que te acordaras de la amistad... pero esto es imposible; y uno solo ha de ser el dichoso... Sé pues tú este dichoso, y cree-

me: la amistad no iguala al amor que uno debe tenerse á sí mismo. — ¿Pero cómo, Germon, en esos terminos he de abusar de la amistad y de la confianza?

Tremenda palabra por cierto, mi querido Lorimon: esas son vagatelas ridículas, que olvidarás fácilmente con la posesion del empleo de que se trata... El egoismo, á pesar de las sublimes declamaciones de los que quieran llamarse filósofos, el egoismo es la voz de la naturaleza.. y esta voz es la que debemos oír, porque jamas nos engaña... Nuestro interes... nuestro interes... estos son los secretos del corazon del hombre...

estos son los movimientos á que debe sacrificarse todo en este mundo... y á fe á fe que si Mincurt se encontrára en tu lugar procederia de la suerte que te aconsejo... - Todo lo que me dices es muy juiciofo, muy arreglado al buen modo de pensar... pero no sé qué clase de sentimientos agitan mi alma, que en nada concuerdan con lo mismo que estás hablando... Lo peor es, que absolutamente no puedo vencerlos; y lo que es mas, me hacen padecer algunos remordimientos involuntarios.

¿Sin duda te burlas, Lorimon? ¿te remordimientos? ¿qué es eso de remordimientos?... Esforcémonos pa-

ra conseguir lo que nos agrada, lo que nos es útil... lo que nos hace gozar... Por lo que á mí toca afirmo que no conozco otra lógica; pero tambien estoy muy cierto que esta es la mejor y la mas segura para conducirse con el gran mundo.

Todas estas descripciones son muy preciosas para los que quieran penetrarse del *espíritu de la sociedad*, y conocer á fondo la *naturaleza humana*, que es sin disputa una de las primeras ciencias que deben poseerse. Al ménos ninguno negará que este es en general el modo de pensar y proceder de muchas gentes. ; Hay tantos hombres que solo sirven para engañar y perder á los

demas! ; Tengamos siquiera el débil mérito de manifestar la verdadera senda por donde debe caminarse!

Luego que me separé de mi envenador (jamás daré otro nombre al despreciable Germon) tuve todavía suficiente valor para hacerme algunas objeciones; pero no tardaron mucho en desvanecerse en fuerza del poderoso imperio de la ambición que ejercía en mí su especie de magia encantadora.

En fin, yo cedí al tiránico amor de mí mismo: todo lo sacrifiqué al interés personal, que tan violentamente me aguiaba; y valiéndome de todos los arbitrios que propor-

ciona la intriga, y de los medios mas despreciables, logré ser nombrado Gobernador de **.

Apénas se divulgó la noticia, fué Mincurt á visitarme: “¿Qué es
 »lo que acabo de saber, señor Lorimon? Dicen que os han dado el
 »empleo que yo pretendia... ¿será
 »posible? Un amigo... no lo puedo creer... tengo por muy falsa semejante noticia.”

¡Quán difícil es desmentir la voz de la conciencia que grita contra nosotros!. En efecto, yo no podia ocultar mi inquietud... “Verdad es (le contesté titubeando) que la Corte se empeña en favorecerme... El Ministro, á pesar de

»lo mucho que le hablé en vuestro
 »favor, me obligó á admitir este
 »empleo... No he podido ménos
 »de condescender con su volun-
 »tad...»

Mincurt se retiró con la mayor precipitacion sin quererme oír la menor palabra, y en el mismo día recibí el siguiente villete.

*Inmediatamente conocereis que os escribe uno á quien habeis ofendido del modo mas vergonzoso que puede haber en todo el mundo... ¡Infeliz!.. Habeis vendido á vuestro amigo: habeis abusado de su confianza... Quiero saber la causa de tan indigno proceder... Mañana á las quatro de la tarde os espero en el bosque de ***

y completareis vuestra vileza arrancándome la vida. Mincurt.

Considere el lector cuál sería mi situación en aquel instante. Entonces fué quando toda la atrocidad del crimen que acababa de cometer se presentó á mis ojos. Momentos habia en que reolviendo renunciar mi nueva dignidad, queria arrojarme á los pies de Mincurt, é implorar su perdon. Al pronto no me avergonzaba semejante intencion (8); pero sin embargo, muy pronto se arruinó con la idea del *falso honor* que á todos nos engaña y alucina. ¿Yo pedir perdon? (me decia á mí mismo) ¿yo cometer una baxeza tan reprehensible,

tan indigna del buen modo de pensar?... Mineurt me ha desafiado: preciso es aceptar el duelo. ¿Pero no es amigo mio?... sí; amigo mio es: ¿pero qué importa? El honor exíge absolutamente que admita el desafío.. En vano mi corazón intenta dominarme, y reusa entrar en tan fatal lance.. (9)
 ¿Qué dirían las gentes si yo titubeara un solo instante en el partido que debo abrazar?

Mineurt y yo nos encontramos en el sitio determinado, acompañados de testigos, según costumbre: ¡ay infeliz! exclamó apenas me vió: ¿sois vos, Lorimon, quien se acrimina con tan atroz perfidia?

No le respondí la menor palabra: ¿mas qué podía decirle? Mi corazón era el primero que interiormente gritaba en contra mía, manifestándome todo el horror de mi conducta.

Echamos mano á las espadas; pero Mincurt, en el mismo instante cabalmente en que pudo herirme, arrojó la suya, y vertiendo algunas lágrimas, exclamó... "¡Es imposible que yo olvide que habeis sido mi amigo!.. Lorimon (continuó con una voz ahogada por su mismo dolor), completad vuestro infame proceder: he aquí mi corazón: heridle. Quitarme la vida es lo único que os resta, que por lo

que á mí toca os juro que no tengo valor para concluir este acto criminal... De ningun modo me corresponde á mí ser vuestro matador.”

Los que presenciaban esta funesta escena no pudiéron ménos de conmoverse, y acercándose á nosotros nos exhortáron á que nos abrazáramos... ¿Abrazarnos (replicó Mincurt irritado)? ¿abrazarnos? imposible. Que sea dichoso en buena hora, si puede serlo después de su bárbaro procedimiento; que por lo que á mí toca me retiro con ánimo firme de nunca volverle á ver.

Decir y hacer fué todo uno. En efecto, Mincurt se retiró apresu-

radamente, dexándome sumergido en un abatimiento que no puedo explicar.

Algunos de los circunstantes (10) que se creían muy inteligentes en este artículo que llaman *honor*, decidieron inmediatamente, que yo de ningún modo debía satisfacerme con un procedimiento de esta clase, y que el mismo honor exigía por todos títulos que nos citáramos de nuevo para que el desafío se verificase. Otros opinaban que la cuestión debía cortarse, y que yo por mi parte había cumplido demasiado con haber concurrido al parage que se determinó, sin que pudiera establecerse que por



no habernos batido estaban quebrantadas las leyes del honor. ¡Por qué razon aquellos entes tan destituidos de razon y de buenos sentimientos habian de repetir sin cesar una palabra, cuyo verdadero fondo eran incapaces de comprender!

Volvíme á mi casa atormentado de los remordimientos mas crueles, y casi dispuesto á ceder á ellos, y á interesarme con el Ministro á fin de que admitiese la renuncia de mi nuevo destino, para que Mincurt pudiese obtenerle.

En esta deplorable situacion me encontraba, quando muchos de los que componian nuestra tertulia

se presentáron acompañados de mi muger. No dexáron de admirarse notando mi agitacion: les referí el motivo, y aun les dí á entender que estaba dispuesto á interesarme en favor de Mincart para que consiguiese lo que efectivamente le pertenecia. No habia casi acabado de hablar quando todos alzan á un tiempo la voz, atribuyendo á cierto acceso de locura mi prudente determinacion: no fué mi muger la que mas se descuidó en este punto, dirigiéndome algunas indirectas picantes respecto de lo que ella misma me tachaba de *pusilanimidad*. Esa es por cierto (tales eran sus expresiones) una de las singu-

laridades de la *ridiculez mas extremada*... Luego con un tono mas serio me manifestó que si yo cedía á semejante delicadeza, que merecía llamarse una *conducta verdaderamente reprehensible en todos sus extremos*, no cumplía con mis intereses, con los suyos, ni con los de nuestros hijos. En una palabra, á estas razones se siguiéron otras muchas, cuyo contenido seria muy inútil si tratase de referirle.

¿Y en qué paró toda esta multitud de accidentes? En que yo me quedé con el nuevo destino: y en qué Mincurt, despues de haber sufrido un chasco tan considerable, determinó ausentarse á países extrangeros.

Un acaecimiento de esta naturaleza debió sin disputa haberme servido de exemplo para mejorar mi conducta ; pero arrastrado por una especie de fatalidad, ó por una mala inclinacion, noté claramente que era incorregible. Tal era mi terrible destino , que sin poderlo evitar me seguia por todas partes.

La ambicion que me dominaba no habia destruido mi inclinacion hácia el libertinage , y así es que me sumergí en otra nueva sima de desórdenes y de ruinas.

Una baylarina de la opera, llamada Justina, fué el objeto de una nueva pasion que la edad (11) y algunas reflexiones juiciosas hubie-

ran fácilmente vencido, si con los años hubiese yo adquirido la ciencia que indispensablemente necesita todo aquel que no pretende equivocarse el verdadero camino de la vida. Pero mi suerte estaba decidida, y yo siempre debía marchar de error.

Justina reunía todos los requisitos y qualidades que constituyen una verdadera cortesana. Su persona era interesante, y á este interés seguían todas las sales de la coquetería (12) y del espíritu mas seductor que hay en el mundo. Tal era el encanto que me alucinaba por medio de los efectos mas perniciosos; y como Justina por su

parte movió todos los resortes de su magia fatal, no tardó mucho en conocer la impresión que sus atractivos habían hecho en mí. Ninguna coqueta se había jamas presentado con tan inmensas dificultades, porque á las intrigas que debía poner en planta para conseguir mis intentos, era preciso que acompañase cierta dignidad que nada venia al caso. La artificiosa criatura me dixo que un personaje de la primera clase, y que era rico, la ofrecia una fortuna brillante con tal que le concediese la preferencia entre sus rivales. Y luego fijando en mí sus miradas seductoras, añadió, que de ningun modo

podia acceder á sus solícitos deseos, porque su corazón era muy sensible, y no habia podido negarse á una pasión infeliz que la dominaba.

Diciendo esto derramaba algunas lágrimas sensibles, que parecian hijas de la misma sencillez, y de la misma verdad.

Después que se pasaron algunos momentos de conversacion, y que yo la insté para que me manifestara quién era el objeto de tan decidida inclinacion, la artificiosa Justina suspiró profundamente, y me dixo, echándome una ojeada hermosa, dimanada de su arte peligroso, aunque qualquiera hubie-

ra dicho que salia del fondo de su alma: “¿es posible, señor Lori-
 »mon, que no conozcais quien es el
 »dueño de mi corazon?... ¡ Ah!
 »disimuladme estas lagrimas...” (y
 estas lágrimas que ella decia eran
 del número de aquellas que tanto
 imperio tienen regularmente en to-
 dos los hombres quando las vierte
 una muger hermosa)... “No dudo
 »que me entenderéis fácilmente si
 »sois capaz de amar.”

¿Qué mas podia decirme? yo
 me arrojé á sus pies: besé mil ve-
 ces su mano con el mayor ardor,
 y la declaré con toda la vehemen-
 cia de mi pasion amorosa, que nin-
 guna muger en el mundo me ha-

bia interesado con tanto extremo. A esto me contextó que ella me profesaba la ternera mas acendrada; que yo era el primero que la habia inspirado un sentimiento tan dulce, tan albagüño, y en una palabra, que hasta aquel instante nunca habia sabido lo que era amor: (y continuaba con una voz expresiva, y tierna en el mayor grado...) - «Es innegable que en cierto modo os soy deudora de una nueva existencia... Mis sentimientos me recuerdan á cada paso que tengo corazon, y que soy infeliz... ¿Por qué motivo no habia de ser la fortuna mas benigna conmigo, sin obligarme

»á que me sacrifique al interes?..
 »¡Cuán inmenso seria el placer mio,
 »si solo hubiera de consultar mi
 »inclinacion !

No la dexé proseguir , y la di-
 xe inmediatamente.

«Nada estorba que enteramen-
 »te os dediqueis á ese amor , que
 »constituirá mi mayor felicidad..
 »Yo sabré vengaros de la impie-
 »dad de la fortuna , á quien con
 »mucha razon nos presentan cie-
 »ga... Sí , todos mis bienes serán
 »vuestros : de todos ellos podeis
 »disponer desde este mismo ins-
 »tante... ¿ Podré yo jamas pagar
 »suficientemente vuestra adorable
 »hermosura ? »

Sin embargo , esta hermosura, que en mi concepto no podia pagarse suficientemente , me acarrea-
ba gastos muy excesivos, lo que me reprehendian á menudo mi mu-
ger, y aun algunas personas que me mostraban bastante interes; ¡pe-
ro quan intiles eran todos sus es-
fuerzos! Nada me hacia impresion en este particular. En todo el U-
niverso encontraba cosa que mas me interesara que Justina:  na-
die mas que  ella escuchaba con placer ; y lo peor es que estaba muy satisfecho de que era corres-
pondido en mi ridcula pasion.

Monserniu conservaba aquel ca-
rcter prvido, que no pudo alterar

la corrupcion de la sociedad. Quiso darme nuevos testimonios de esta verdad, y me dixo que tenia que hablarme á solas.

Tomó la palabra en estos términos. “¿Es posible, amigo Lorimon, que en tu edad... á la qual debía ilustrar la experiencia, te precipites en errores tan groseros y chocantes?...” ¿Qué errores son los míos, Mousernin? Explícate con claridad... “¿Todavía quieres que te hable mas claramente? ¿Todavía no me entiendes? Después de haber caído por tu desgracia en un inmenso número de precipicios, que no has querido evitar, ¿vas de nuevo á enredarte

»te en los lazos que te tiende una
 »cómica? ¿Así olvidas que eres es-
 »poso, que eres padre? ¿Así des-
 »cuidas el exemplo que debes dar
 »á tu familia? ¿En tanto grado
 »deseconoces la falsa política de la
 »sociedad, que te lisonjeas con una
 »ilusoria conquista, y crees darte
 »con ella cierto ayre de importan-
 »cia, quando aquellos mismos que
 »en publico adulan tu amor pro-
 »pio, desapruaban secretamente tu
 »conducta, y te constituyen el ob-
 »jeto de sus sátiras mordaces? »

Interrumpí á Monsernin, y le
 díxe: «¿es uno dueño de su co-
 »razon en todas ocasiones?... Con-
 »vengo contigo en que amo ex-

»tremadamente á la hermosa Jus-
 »tina, tambien estoy en la inte-
 »ligencia de que no la soy del to-
 »do indiferente. Ella por causa mia
 »ha sacrificado la fortuna mas con-
 »siderable, y por todos títulos de-
 »bo satisfacer en quanto pueda
 »semejante procedimiento. Porque
 »tenga muger é hijos, ¿he de pri-
 »varme de quanto pueda contri-
 »buir á mi felicidad?.. Te juro,
 »Monsernin, que jamas soy mas
 »dichoso que quando me encuen-
 »tro en compañía de la encanta-
 »dora Justina. ¿No probaste tú
 »jamas las dulzuras de ser ama-
 »do? Bien sabes que nunca es-
 »tuve enamorado de mi muger,

„que me casé á pesar mio, y la
 „bella Justina es la única que me
 „recuerda los floridos dias de mi
 „juventud... Por otra parte no me
 „faltan riquezas, y así es que na-
 „da me resta que desear... Sí, ami-
 „go mio: es preciso que no me
 „descuide en gozar: mis hijos á su
 „tiempo gozarán tambien.” = Se-
 gun eso, replicó Monsernin, ¿tú
 te imaginas que eres el solo fa-
 vorecido de tu dulcinea? Por lo
 que á mí toca no tengo ningunas
 pruebas que me convenzan, y no
 dexo de sospechar acerca de su de-
 cantada fidelidad... Semejantes mu-
 jeres, á quienes tantos necios rin-
 den homenajes, no suelen ser muy

escrupulosas, y se guían por su capricho, á veces muy desatinado, como acaso experimentarás por tí mismo. Mi amistad, si he de hablarte con franqueza, desea que esta leccion que te pronostico se verifique quanto ántes, y que te sirva de alguna utilidad... Desengáñate, Lorimon: de ningun modo puedes prescindir de ser padre de familia: tampoco debes desentender de las obligaciones que este nombre sagrado te impone, y es inútil que echés la culpa al fuego de la juventud. El hombre honrado, y principalmente si es padre, no debe ignorar que es solamente depositario de aquellos bie-

nes que la equidad, ó los derechos de la naturaleza, que es la norma de las primeras leyes, transmiten á sus hijos.

Todos estos sermones de Monserrin (así los llamaba yo) se me olvidaron inmediatamente que me ví en compañía de Justina.

Mi hija habia llegado á aquella época en que debe pensarse el estado que han de tomar los hijos. Dos eran los sugetos que la obsequiaban. La figura del uno era muy desagradable: además era de edad de cincuenta años; pero sin embargo poseia el *engañador* mérito de un nacimiento distinguido, y sobre todo la sólida ventaja de ser

dueño de una fortuna inmensa. Al otro le adornaba únicamente un exterior agradable: apenas llegaría á veinte y ocho años, y reunía todas las circunstancias que alacinan en general á las mugeres que se guían por la apariencia; pero sus bienes eran muy medianos, y sin embargo se hizo dueño del corazón de Cecilia (así se llamaba mi hija), que á exemplo de muchos jóvenes cedia voluntariamente á todo aquello que arrebatava su atención.

Habia yo advertido el interes con que era recibido este último, y aprovechándome de la ocasion un dia que me ví á solas con Ce-

cilia tuvimos con corta diferencia la sesion siguiente.

“No ignoras ; hija mia , que
 „mi intencion es casarte. Muchos
 „partidos se presentan , pero yo
 „tengo hecha mi eleccion en efec-
 „to , el Conde de Melinbert ha de
 „ser tu esposo.”

Cecilia, sin poderse contener, se arrojó á mis pies, y exclamó: “pa-
 „dre mio. dignaos escucharme , y
 „permitid que os manifieste lo que
 „pasa en mi corazon... no os lo
 „debo ocultar por ningun motivo...
 „El Baron de Verland es el úni-
 „co que me puede hacer feliz en
 „este mundo ; bien es verdad que
 „de ningun modo he faltado al

»cumplimiento de mi obligacion.
 »He procurado ocultar en mi al-
 »ma este sentimiento, para cuyo
 »logro solo faltaba la decision de
 »los que me diéron el ser... Sí se-
 »ñor (continuó vertiendo algunas
 »lágrimas), el Baron ignora el im-
 »perio que ha adquirido en vues-
 »tra desgraciada hija: sus virtu-
 »des son las que mueven mi incli-
 »nacion en mucho mayor grado
 »que las qualidades exteriores de
 »la persona..."

" Tu llanto es inútil: la re-
 »pliqué con la mayor firmeza)...
 »yo no lo puedo remediar: he a-
 »brazado el partido que debo, y
 »este es irrevocable... Melinbert es

»muy rico... y ha de ser mi yer-
 »no. Una de las cosas que mi ma-
 »dre me ha estado siempre dicien-
 »do es que la fortuna es el prin-
 »cipal móvil que debe dirigir nues-
 »tras acciones (13).. esta máxîma
 »es sublime : nunca la olvidaré,
 »Guárdate pues de manifestarle la
 »menor repugnancia hácia un en-
 »lace que ha de asegurar tu eter-
 »na felicidad... ¿Qué cosa hay en
 »el mundo mejor que la riqueza ?
 »Te amo, hija mia, te amo, y veo
 »que no consultas mas que tus cie-
 »gos deseos."

Las lágrimas estorbáron á Ce-
 cilia que me contestase, y yo, des-
 tituido de piedad, y sin querer con-

solarla, la mandé con todo el rigor de la autoridad paterna que se retirase á su aposento. Cayó enferma, y mi muger, compadeciéndose de su situacion, quiso hacerme desistir de mi proyecto, y que no se verificase aquella boda, que no merecia su aprobacion. Yo sin embargo, firme en mi resolucion, me mostré invencible á todo quanto me decian.

Ahogando las voces del amor paterno, y endureciéndome contra la naturaleza, que siempre es superior á los esfuerzos que hacen los hombres para vencerla, y que suele reclamar sus derechos sagrados, tuve la crueldad de llevar á efecto mis

designios; y sin compasion conduce al altar á mi desgraciada víctima, casi muerta con la vehemencia del dolor. Cecilia es en fin esposa del Conde de Melinbert, y yo me daba la enhorabuena de semejante barbaridad, que no era en mi concepto sino un rasgo admirable de firmeza y de carácter.

¿Y es así (14) como se celebra una gran multitud de matrimonios? Los padres olvidan que deben en quanto les sea posible consultar los sentimientos del corazón, para formar un enlace que influye en el destino de sus hijos, y que constituye, ó bien su felicidad ó bien su eterna perdicion.

Muchos proceden con la atrocidad de un déspota, y por esto no deben admirarnos los repetidos ejemplos que nos ofrecen muchísimos desórdenes en la union conyugal: véase bien á qué extremo nos precipita y nos arrastra la ciega pasión de las riquezas, como si estas bastasen para satisfacer nuestros deseos, y llenar nuestra desmedida ambición. Una inclinacion *recíproca* ¿no debia ser la primera base del matrimonio? La naturaleza misma armada de sus leyes soberanas, nos está continuamente predicando esta verdad, tan poco conocida por desgracia nuestra. Y así es que los padres no deben pasar ligeramente es-

tas observaciones, al paso que deben reflexionar con el mayor cuidado un objeto de tanta importancia, en el qual ha de obrar la ternura paternal, y de ningun modo la vileza del interes.

Mi inflexibilidad era la misma respecto de mi hijo (15). En efecto, su inclinacion al bufete era muy corta, y yo sin embargo le obligaba á que siguiese esta carrera, á la que por su gusto hubiera preferido la militar. Tambien se casó con una señorita elegida á mi arbitrio; á pesar de que hacia tiempo alimentaba una pasion constante, y que la persona á quien amaba reunia á su buena figura vir-

tudes muy acreditadas. Pero en mi concepto, ¿que importaban estas vagatelas? Yo habia fixado en otra mi atencion, y esto bastaba para que me opusiese á los designios de mi hijo, y le obligara á cumplir mi voluntad. Tal era mi conducta: tal era el modo que tenia de usar de los derechos de padre, miéntras una cónica me enredaba en lazos vergonzosos, que bien á las claras manifestaban nuestra escandalosa intriga.

En efecto, era ya público mi error, y sin embargo Justina me cautivaba como nunca. Mi desvergüenza llegaba al extremo de gastar exorbitantemente por causa de

aquella despreciable criatura (16), sin que por esto se encontrara en la lista de mis gastos uno solo consagrado á socorrer un infeliz, á quien yo diera la menor prueba de sensibilidad.

¡Miserables mortales! Fixad un poco la atención en estas observaciones, y conoced que mi retrato es el vuestro, y que presenta la copia mas exâcta que se puede discurrir. Este era uno de los crímenes que debía reprehenderme, y este es uno de los que mas os dominan (17), como vosotros mismos conoceriais si quisierais reflexionar un solo momento.

Mi luxo desordenado se soste-

nia á costa de muchísimas deudas que iba contrayendo, sin reflexionar las resultas desagradables y funestas que debian provenir; porque mi cabeza no estaba para pensar en otra cosa que en el objeto de mi loco aturdimiento. No me atrevo á decir que mi corazon participase de este delirio, porque el corazon no es fácil que entre en un nudo que únicamente dimana de la tiránica pasion del libertinage.

Fuí un dia á casa de mi circe encantadora, y no la encontré. Ví en su tocador una carta, y apresurándome á abrirla leí lo que sigue.

“Creo que esteis convencida de

lo mucho que os amo, hermosa Justina; es decir, que no omitiré ningun sacrificio para concederos lo que pedís. La cantidad que os remitiré será suficiente para satisfacer por ahora vuestros deseos; bien es verdad que vuestra hermosura con nada se paga en el mundo... Os soy acreedor de placeres, que todos mis bienes juntos no pueden comprar á debido precio... Procurad adormecer á ese argos vigilante, y citadme los felices instantes en que nos veremos solos; en la inteligencia, que mi agradecimiento no será inferior al amor que os profeso. Tan rico soy como vuestro buen Lorimon, y os

quiero probar que prefiero una mirada vuestra á toda la fortuna que poseo. Espero con ansia la respuesta. *** P.”

Acababa de leer este gracioso villete, y aun le tenia en las manos quando la pérfida Justina entró en su gabinete, no sin turbarse, conociendo lo que acababa de suceder. Sin embargo, fué la primera que rompió el silencio. “Mu-

„cho siento (me dixo) que hayais

„descubierto mi secreto: conozco

„que vais á reprehenderme con las

„veras y eficacia de un amor ofen-

„dido. No os negaré que las apa-

„riencias me condenan; pero os ju-

„ro que mi corazon no tiene parte

„en esta especie de infidelidad que
 „sin duda me perdonareis quando
 „sepais el motivo. Me he visto en
 „un apuro considerable: necesita-
 „ba dinero, y este hombre que de
 „algún tiempo á esta parte me ha
 „querido obsequiar podia favo-
 „recerme: así es que únicamente
 „he cedido á su oro... Y una frio-
 „lera de esta naturaleza, ¿deberá
 „enredarnos, y ser causa de al-
 „gun disgusto? ”

“Pues qué (repliqué yo con
 „viveza y con el mayor furor), ¿no
 „teneis bastante con las tres par-
 „tes que os sacrifico de mi fortu-
 „na? ¿y os atreveis, despues de
 „haberme hecho una ofensa tan

„enorme, á repetir que me a-
 „mais?” = “Sí señor (añadió ella
 „llorando tiernamente), yo os amo:
 „y este pequeño error, que siento
 „infinito haber cometido, no de-
 „be privarme de vuestro corazón...
 „Si no me hubiese visto sumergi-
 „da en el apuro que os he dicho,
 „me hubiera guardado muy bien
 „de ofenderos en nada... pero no
 „lo podía remediar... me veía obli-
 „gada á pagar algunas deudas, que
 „llevada de una delicadeza (acaso
 „reprehensible) no os había que-
 „rido manifestar.”

Sus lágrimas se aumentáron,
 ella se reclinó tiernamente en mis
 brazos, y yo quedé mas apasio-

nado que nunca de mi *Armida*.

Véase á qué extremo nos conduce el error, ó por mejor decir la ciega depravacion de nuestros sentidos. ¿Quién lo querrá creer, quando yo en este instante en que ya he abierto los ojos, y conozco los vergonzosos yerros de toda mi vida, lo dudo, y me parece un sueño?... Yo mismo, yo mismo era el primero que disculpaba á Justina; tal era mi locura, tal mi ceguedad que me ofuscaba enteramente para opróbio y baldon mio, y de quantos me imiten en mis malos procedimientos.

Mi necia prodigalidad crecía á cada paso respecto de aquella arti-

ficiosa criatura; y con una conducta tan reprehensible, tan destituida de disculpa, se multiplicaba el número de mis acreedores, que bien conocidos en la sociedad como tales debían haberme abierto los ojos.

No me ocultó Monsérnin la fuerza con que mis malas costumbres se ostentaban en el mundo: yo (como siempre) le oía al pronto aparentando una verdadera intención de corregirme y de retirarme de mis desordenes; pero los vicios, que habían cobrado en mi naturaleza un ascendiente increíble, volvían inmediatamente á su primitivo estado, y me conducían á casa de mi *Ninfa* para que con

ella olvidase mejor los prudentes avisos de mi verdadero amigo, y de algunas gentes sensatas que tenían su mismo modo de pensar.

Lo que habia ya visto en casa de Justina, debia sin embargo haberme servido de leccion; y haberme tambien persuadido que aquella muger (como un gran número de sus semejantes) estaba envilecida por sus desarreglados procederes, y sujeta únicamente al bajo interes. Con todo, mi ceguedad era mucha, y solo podia ilustrarme algun golpe tan extremado que por ningun medio admitiese la menor disculpa.

No tardó mucho en verificar-

se. Encontrábame un día en un círculo de gentes desconocidas, y cierto jóven inconsiderado, que lo mismo que los restantes no me habia jamas visto, ni sabia tampoco como me llamaba, leyó en voz alta una carta que excitaba la risa de todos ellos, y lo que es mas, les hacia prorumpir en gracias bastante ofensivas respecto del sugeto á quien se dirigian. El contenido de la carta era el siguiente.

“Mucho me alegraré verte esta noche, mi querido Dornell. Mi Creso va á tener dos dias de campo, y es preciso que nos aprovechemos de esta ausencia, demasiado corta á la verdad. Mírame con

piedad quando me consideres sacrificada á la fortuna, y principalmente quando sabes que mi corazón venga suficientemente este sacrificio, y que es incapaz de injuriarte con la menor infidelidad. Tu juventud, tus gracias deben ser preferidas á qualquier otro objeto, y sobre todo si este objeto no puede ya absolutamente inspirar la ternura del amor... querido mio... no puedo prescindir de aumentar mi fortuna por quantos medios sean practicables; pero en quanto pueda te dedicaré toda mi existencia (18), y despediré al molesto *Lorimon*.”

Al oír mi nombre se acabó mi

paciencia, y lleno de indignacion le quité á Dornell el papel de las manos, y le hice mil pedazos en presencia de todos, que se quedaron atónitos... “ Mucha mas será vuestra admiracion (les dije arrebatado de la cólera) quando sepais que ese Lorimon que causa vuestra risa y vuestras chanzas soy yo... yo mismo...

Dornell quiso responderme, yo no le queria oír; la conversacion iba tomando mucho vigor, y se animó en tal extremo, que le desafié. Inútilmente procuráron los espectadores contenernos, pues el duelo se verificó, y yo recibí una profunda herida. Sin embargo, me

conduxéron á casa de la despreciable Justina.

Al verme ensangrentado dió un grito terrible... ¿Estais herido? (me dixo)... Sí, la mas infame de todas las criaturas: herido estoy, y tú sola eres la causa.

La referí circunstanciadamente mi aventura, y llenándola de injurias, "he aquí miserable (continué) la recompensa de mis beneficios... No quiero hablar de mi amor... este era mi verdadera perdicion: bien me ha castigado, y lo que es mas, con sobrada justicia... Solo me limitaré á presentarte tu ingratitud, tu horrible ingratitud... Te habia per-

»donado la primera baxeza; pe-
 »ro ahora no tendrás la audacia,
 »muger sin vergüenza, de procu-
 »rar excusarte... Tu infamia es cla-
 »ra. Veo palpablemente que me
 »engañabas sin ningún motivo, en
 »pago de lo que yo hacia por tí,
 »solo para satisfacer la pasión que
 »te domina y que te devora, que
 »es la de la fortuna... ¿Y aun no
 »tienes el menor remordimiento?
 »¿Permaneces aun con cierta tran-
 »quilidad atrevida que excita mi
 »justa cólera?... Responde, vil cria-
 »tura, responde... ¿No era yo tu
 »amante? ¿No era yo tu bienhe-
 »chor?»

Aquella muger, muy diestra

en escenas de esta naturaleza, me respondió , acompañando á sus palabras una sonrisa insultante. = “ Vos sois solo , señor Lormon, el ingrato... ¿Imagináis que la fortuna es un título suficiente para ser amado?... Dornell es joven, amable, y digno de cautivar mi corazón... El es quien efectivamente debía quejarse, supuesto que participabais de mis gracias... ¿Y por dónde podiais discurrir que mi inclinacion toda entera os pertenecia? Os lamentais de que os he engañado... pero ese error que padeciais, ¿ no era el origen de vuestros placeres?... Vaya , no riñamos por se-

»mejante vagatela... volvamos á ha-
 »cer las paces... y acábase el ren-
 »cor... ¿Cuál es, por vida vues-
 »tra, la muger *fiel*?... ¡Ay ami-
 »go!... estoy en la inteligencia que
 »ese fenix ni se ha encontrado, ni
 »se encontrará con tanta faciii-
 »dad.»

La desvergüenza (19) y el atrevimiento de aquella muger, me admiráron, y me llenáron de furor. Volví á repetirla las anteriores injurias, acompañando á mis voces con la cólera mas terrible, que ella en vano procuraba apaciguar... Por último, despues de haberla dicho todo quanto quise, me retiré de aquella mansion del vi-

cio , con la firme resolucion de nunca volver á casa tan detestable.

Justina me escribió muchas cartas , pero fueron infructuosos sus artificios : á pesar de la corrupcion lastimosa , que la edad no me habia corregido , tuve valor para abandonar totalmente aquella culpable muger : y cierto que si yo supiera aprovecharme de la razon , y de las lecciones instructivas de la experiencia , hubiera conocido que en una aventura tan contraria á mi amor propio , no habia cosa que no fuese muy natural. Justina se guiaba por la inclinacion de sus sentidos , y la juventud tiene los derechos mas válidos y ver-

daderos. ¿Quién mas que yo debia padecer en un lance de aquella naturaleza (20)? ¿Tienen comparacion todas las riquezas del Universo con una edad que por todos títulos es la mas proporcionada para el amor?

Nadie extrañará que Monsernin se aprovechase de la ocasion para hablarme de esta especie de castigo, que mis procedimientos merecian con sobrada justicia, y que se habia extendido en muchísimas tertulias. “Y bien (me dijo) ¿se ha cumplido mi pronóstico?... Bien hubieras podido evitar una prueba tan desagradable, si la amistad contigo tuviese al-

„gun valor... Es preciso conocer-
 „nos, mi querido Lorimon... ni
 „tu edad ni la mia son propor-
 „cionadas para incurrir en seme-
 „jantes errores. Lo peor es que te
 „devora tambien otra enfermedad,
 „que puede ocasionarte muchísi-
 „mos disgustos: esta es la fiebre
 „de la ambicion.

Monsernia tenia razon. Tan dominado estaba yo del ansia de adquirir, de aparentar, de querer ser mas que otros hombres, como del vil libertinage. A cada paso queria obtener favores de la Corte, y sufría muchas veces *negativas* muy sensibles. Para colmo de mi mortificacion veia amenu-

do el engrandecimiento insultante de mis rivales; y llegué á conocer que la ambicion es la pasion que ménos se satisface. El ambicioso, aun quando alcance lo que desea (si esto es posible), no compensa con gozar aquello mismo que anheló , los tormentos que suele costarle el adquirirlo, y sufre mil trabajos continuos que no le dexan un instante de reposo. Así es, que ni mi propia experiencia , ni los consejos de *Monsernin*, mi verdadero amigo , eran suficientes para libertarme de mis errores , y constituirme en el centro de aquella tranquilidad que solo disfruta el justo que posee la superior cien-

cia de conocerse, y estar contento con su suerte. Solo á fuerza de exemplos podia yo escarmentar, y el cielo me ofreció otro bastante terrible, como se verá en el artículo siguiente.

**FIN DEL ARTICULO PRIMERO
DE LA EDAD MEDIA.**

REFLEXIONES.

(1) *La ambicion es la que me presenta su poderosa imágen.* = La mas ardiente de todas las pasiones es sin disputa la ambicion: el ambicioso corre sin cesar delante de los placeres, y tiene la desgracia de nunca gozarlos. Véase atentamente la historia de Alejandro, y nótese tambien el modo que tuvo Juvenal para caracterizarle en este verso tan conocido:

Unus Pelleo Juveni, non sufficit orbis.

Es casi imposible que el ambicioso sea hombre de bien. Su talento y su virtud se desmienten á cada paso, porque siempre dependen de diferentes sucesos, y de diversas circunstancias. En individuos de esta clase está muchas veces la naturaleza destituida de

sensibilidad y de poder. No hay duda tampoco que el deseo de dominar nace en cierto modo con nosotros, lo mismo que el egoismo: y si estos dos resortes se arruinan y destruyen, ¿qué es entónces de la criatura humana? La habilidad, como hemos dicho otras veces, consiste en saberse aprovechar de ellos, y convinarlos con mil felices modificaciones; así resultarán muchas ventajas tanto al bien general como al bien particular.

(2) *Esforzándose en atraerse la falsa consideracion que tanto dista de la verdadera, &c.* No hay la menor duda en que esta última constituye gran parte de las virtudes, del talento, y del mérito verdadero. Uno á quien la fortuna y la casualidad distinguen con el

nombre de grande, ¿será por sola su elevacion superior á Homero , ó á Neuton? = Si es el padre de sus vasallos, si solo desea hacer bien, si repite á exemplo del magnánimo Tito el día en que no hizo alguna obra laudable las siguientes palabras , llenas sin disputa del verdadero encanto de la sensibilidad: *amici, diem perdidisti*; entónces se le concederá el atributo de la consideracion verdadera, tan lisongera para el hombre que aprecia su reputacion, y que estima mas estos justos homenages que los respetos y las baxezas de la infame adulacion. ¿ Será destino nuestro que los hombres sigan siempre las apariencias, y que nunca echen una ojeada filosófica en lo que positivamente puede llamarse *realidad*?

(3) *Jamas experimenté, respecto de mis hijos, ciertos movimientos del alma, que tanto interes envian aun á las cosas mas indiferentes, &c.* Los que mas felizmente disponen de su talento son aquellos que saben imprimir sus palabras en el corazon humano, dando á sus conversaciones cierto encanto interesante que las llena de fuerza y de entusiasmo.

(4) *Nunca procuré introducirme en sus corazones, ni alimentar los primeros sentimientos que rectamente deciden del resto de nuestros dias.* = Es positivo que por medio de aquellos primeros sentimientos puede juzgarse lo que será un niño quando llegue á aquella edad en que el carácter del hombre se decide y desenvuelve

en su verdadero vigor; y este es tambien el motivo porque los padres deben emplear todo su esmero, y fixar toda la atencion en los años primeros de sus hijos. ¡Quántos progresos hubiera habido en la educacion si todos conocieran á fondo este objeto tan importante y necesario para conservar la armonía de la sociedad! Però si se reflexiona bien, muchos padres y madres ¿qué son respecto de las criaturas á quienes han dado el ser? Autores de la exístencia física. ¿Y no debian tambien darles y perfeccionarles la exístencia moral?

(5) *Entregaba mis hijos al cuidado de los ayps, que tampoco suelen saber lo que corresponde al verdadero estudio del hombre.* = Muy repugnan.

te les parecerá á algunos esta proposicion; ¡pero el dolor es que no es nada falsa por desgracia nuestra! Los ayos contribuyen á la formacion del talento, dan conocimientos puramente fisicos, en una palabra, los que se llaman *estudios*: ¡pero qué lejanos estan todos estos del estudio del hombre, que deberia ser el primero que nos iluminára, y nos dirigiese por la senda del acierto! ¿qué cosa mejor que ver á los padres, á los quales está reservada la preciosa facultad de llenar un corazon naciente con las semillas de la pura moral, dirigir á sus hijos con rectitud, y hacer que la filial ternura oiga las insinuaciones con aprovechamiento y utilidad de la naturaleza humana? ¡Quánto es tambien el imperio que las madres regularmente tienen en sus hijos! Y estos

¿ con cuánto mas afan suelen abrazar los avisos maternos , que los consejos magistrales de los ayos, ó de sus maestros ?

(6) *Edad tan importante para la formacion del ser Moral.* — A muchas reconvenciones se exponen los padres negligentes que no atienden á la edad en que las ideas de los jóvenes comienzan á robustecerse, á formar entre ellas mismas una especie de enlace que suele manifestar todo el fondo del resto de la vida , constituir lo que se llama *ser virtuoso ó ser vicioso* , presentar rasgos que no es fácil borrar , y dar á la existencia moral su verdadero carácter , su fisonomía propia. Ademas hay muchos individuos, cuyas impresiones no les pertenecen , porque es muy ra-

ro el hombre que pueda decirse “yo soy yo mismo.”

(7) *Solo á fuerza de baxezas se llega con semejante conducta á los fines propuestos.* El ambicioso en efecto está á cada momento dispuesto á desagradarse. ¿Y quién es mas acusable, el que dispensa las gracias y las da á quien no las merece, ó el que sin ninguna justicia intenta conseguirlas por medio de las intréguas, y del abatimiento?

La ambicion es una pasion mucho mas vil que el falso amor, porque el verdadero conduce á la virtud, y suele producir grandes y célebres acciones. Es preciso convenir en esta verdad. Si hubiese un espejo fiel, donde pudiéramos vernos, y conocer retratados

los defectos que mas nos agítan, ¿quántas veces tendríamos vergüenza de nosotros mismos?

(8) *Al pronto no me avergonzaba de querer implorar el perdon de Mincurt, &c. ¿Y por qué habia de causarnos vergüenza arrojararnos á los pies del ofendido; é implorar su perdon, luego que conociéramos que habiamos faltado á la honradez, y ultrajado, por decirlo así, los sentimientos de la virtud? Semejante procedimiento, que respecto de los que esten destituidos de reflexiön, será muy baxo, muy indecoroso; es un rasgo del honor verdadero, un principio de la nobleza del alma. Sacrificar su orgullo y la falsa vanidad son puntos que deben reunirse en todo aquel que se penetre de*

sus obligaciones, y que esté lleno del puro heroísmo; bien distante de cierta vanidad mal entendida que se ha apoderado de su nombre respetable.

(9) *¿Qué dirían las gentes si yo titubease un instante en el partido que debo abrazar? = ¡ Miserables esclavos de la preocupacion! ¿Por qué motivo habeis de consultar las opiniones de los demas, quando la conciencia misma os está gritando: vosotros sois los culpables? ¿Por qué se ha de atender á lo que otros establezcan, quando se comete una injusticia, un crimen, en exponerse á quitar la vida á un semejante, á un semejante que se mira agraviado? ¿O lava el matador con una accion tan indigna, tan llena de oprobio la mancha que le cubria por su inf-*

me y anterior procedimiento? Júzguese él mismo, y conozca que nada le puede salvar (ni aun á sus propios ojos) de la sentencia que una voz interior é inevitable habrá pronunciado en contra suya. ¡Débiles humanos! ¡Habeis siempre de caminar de error en error! ¡ó no tendreis nunca vuestros ojos en disposicion de ver!

(10) *Algunos de los circunstantes que se presumian muy inteligentes en este artículo que llaman honor, &c.* Infinitos libros se han publicado, y se publican, y muchos de ellos contienen materias iguales á esta en la inutilidad, por lo mal interpretada, y muy corrompida que se encuencra. No sé por qué motivo los verdaderos filósofos no han extendido sus luces en

tan importante objeto, como es el del *honor*; objeto de que tanto se habla, y que tan poco sabe apreciarse. ¿En qué consiste que no se ha hecho un código del honor, en el qual se fixase con rectitud su naturaleza, lo que le constituye verdaderamente, lo que convi-
na sus diversas modificaciones, y en que se manifestase la diferencia del honor *esencial*, y del que pende de las preocupaciones? = Acaso entónces no nos perderíamos en tanto laberinto de ideas metafísicas, y nos iluminarian algunas noticias sólidas. Por otra parte, ¿quién podrá averiguar el número de sofismas, de errores, de crímen, y aun de asesinatos que han dimanado del honor mal interpretado? Todavía no se acaba de creer que este modo de pensar dimana de la grosera barbari-

dad de muchos de nuestros antepasados. No se niega que hay muchas cosas en que el honor exíge que se tomen las armas en la mano; pero nunca manda, si se ha de consultar á la verdad y á la naturaleza, que uno se exponga á quitar la vida á un semejante, á un ciudadano, á un amigo; y si esto no se verifica, á perder la propia exístencia. Tampoco ordena que nos manche mos con la sangre de un fatal suicidio, dimanado acaso de motivos que por despreciables no deben referirse... Lo mas particular es, ¡ que todos los valentones, todos los espadachines que piensan tan sin concierto, se tienen por gentes de una providad intacta !..

Tambien hemos de confesar que estos absurdos góticos tienen sus ventajas, porque alimentan el valor que

tanto sirve para sostener el esplendor y la grandeza de las naciones. Del veneno mas fuerte se pueden sacar remedios saludables, y hacer que del mismo mal dimanase algun bien; pero sin embargo, huyamos de las malas interpretaciones, y en medio de las tinieblas que nos rodean, sepamos aprovecharnos de la poca luz que la verdad nos presenta, supuesto que no podemos disfrutarla del todo.

(11) *Algunas reflexiones juiciosas me hubieran fácilmente vencido, &c.* El juicio y la virtud son dos qualidades esencialísimas, y sin embargo se ostentan en el mundo con un esplendor muy débil. Lo que se llama finura en la sociedad, acompañado de cierto número de vicios *amables*,

arrebata nuestra atencion, porque estos objetos atraen mas que los anteriores, y lisongean mas nuestra infeliz vanidad, que solo atiende á lo que puede agradar, prefiriendo las apariencias á la realidad.

(12) *El espíritu que hay mas seductor en el mundo.* Es decir, aquel espíritu frívolo, que nada profundiza, que siempre subsiste en su superficialidad, que siempre disputa cuestiones de voces, y que aleja de sí el buen modo de pensar. En efecto, ¿quál es el *espíritu del mundo*, si se quiere observar con reflexion? = Un vapor que desaparece inmediatamente. A la verdad que semejante espíritu no es el origen de muchos hombres grandes que han ilustrado la literatura; pero sin embargo,

bueno es conocerle, y presentarse algunas veces con este falso adorno; pero siempre guardándose mucho de adoptarle. Debe colocarse en la clase de las modas, y nunca estas arrebatan con ceguedad al que sabe reflexionar.

(13) *La fortuna es el principal móvil que debe dirigir nuestras acciones.* He aquí un axioma que se grava con caracteres de fuego en la mayor parte de los corazones; porque á esta especie de genio malhechor suelen dedicarse todos los homenajes del Universo. Aun los mas virtuosos ceden á esta seducción de la *fortuna*, cuya tirania, cuya odiosa injusticia probamos continuamente. Nadie con mas justicia merece el nombre de heroe que el que es superior á los encantos lisongeros de

esta pasión. Desde que exige la humanidad ha sufrido esta epidemia de amar desmedidamente á las riquezas, y ciertamente que ella ha sido la causa de muchos errores y de crímenes considerables. ¿Si abriéramos los ojos cuántos espectáculos funestos nos presentaría la inextinguible sed del oro ?

(14) *Así es como se celebra una gran multitud de matrimonios.* Este artículo es una consecuencia del anterior. Nadie á la verdad ignora que la fortuna es una de las primeras cosas que suelen mirarse en los matrimonios; y muchos padres tienen que reprehenderse este error tan perjudicial á la felicidad humana, quando se hacen el cargo que nunca consultáron en sus hijos para enlazarnos en el nudo in-

disoluble de himeneo, sus inclinaciones, sus gustos, sus genios, y su mismo amor. Pero ¿qué ha de suceder, quando en un punto tan esencial como el que se está tratando para constituir la eterna dicha ó la desgracia de dos individuos, se examina solamente la *riqueza*? Si fundan en esta base la union conyugal, ¿no han de ser con precision muy dolorosas sus conseqüencias? ¿Por qué no habia de consultarse en una union de tanta importancia la conformidad de las edades, de los caractéres, y en una palabra, de las circunstancias que verdaderamente reunen á un hombre y á una muger? No lo dudemos: los matrimonios contratados sin el recíproco consentimiento de los dos corazones, son otras tantas desgracias

que afligen á la humanidad : tampoco quiere decirse que se desprecie la fortuna enteramente; porque es muy esencial que los padres consulten la combinacion mejor de estados y de bienes para las bodas de sus hijos: lo que se establece es que este no debe ser su objeto principal. Si pretenden conservar la autoridad que han recibido de la naturaleza, exâminen de continuo los afectos nacientes de las criaturas á quienes han dado el ser, y no permitan que sus corazones reciban impresion que ellos no han de aprobar. ¡Entónces será su autoridad mas firme, entónces serán verdaderos padres!

(15) *La inclinacion de mi hijo al bufete era muy corta. Este es tam-*

bien uno de aquellos defectos considerables en que incurren muchos padres: en efecto, violentan las inclinaciones de los hijos, y los obligan á abrazar un estado, ó una profesion que de ningun modo es de su agrado. ¿Y qué dimana de semejante abuso de la autoridad paternal? Que la infeliz víctima de la tiranía, que aborrece el destino que se la prepara, no cumple bien con las obligaciones de este mismo destino; y sin comprehender acaso la verdadera fuerza de sus deberes, se ve toda su vida en contraposicion con sus mismos deseos, y experimenta de continuo una afliccion que la devora. ¿Y cómo es posible que lo que uno hace contra su gusto salga bien, á no ser por una casualidad? Esta es la causa

de la notable impericia que se advierte en muchos empleados. Por lo mismo debe establecerse, que no basta que el talento y el r aciocinio nos impongan una obligacion; porque es preciso que la inclinacion tenga tambien su respectiva parte en la necesidad de cumplir los deberes de los destinos que ocupamos.

(16) *Sin que por esto se encontrara en la lista de mis gastos uno solo que se hubiese consagrado   socorrer un infeliz   quien yo diera la menor prueba de sensibilidad.* Mediten bien estas palabras todos aquellos que las lean, y averg uencense los que conozcan en ellas su retrato.   Qu ntos individuos se arruinan, y arruinan tambien   sus es-

posas y á sus hijos por gastar su fortuna con despreciables mugeres, que son las primeras raices de sus imperdonables locuras? Y tan viles libertinos, ¿se ostentarán insensibles al escuchar las penas de un amigo que les confie su triste situacion? ¿No ha de verse en la inmensidad de sus gastos infructuosos, uno solo consagrado á socorrer un infeliz? Y semejantes monstruos ¿pasarán por hombres de bien, y aun se rendrán por tales? seguramente causan indignacion tales procedimientos. ¿Y qué hemos de añadir á pinturas tan horrorosas, y tan verdaderas por nuestra desgracia?

(17) *Como los mismos mortales conocieran acaso si quisieran reflexionar un solo momento. Veo que si ma-*

nifiesto mi opinion en este particular, muchos la han de dar el nombre de *singularidad ridícula*. Pero no obstante, debo aventurarla tratando de decir siempre la verdad. Yo quisiera que el hombre virtuoso, es decir, aquel que desea conservar la pureza de las costumbres (fenómeno muy difícil de encontrarse), se impusiera la obligacion de consagrar todos los dias ciertos momentos á la soledad, al retiro, para hablarse, para preguntarse á sí mismo, para examinar las cosas laudables que ha puesto en execucion aquel dia; finalmente, para afirmarse mas y mas en el bien, y averiguar si ha sido tan feliz que ha encontrado el medio de entregarse á la verdadera satisfaccion del alma, no recayendo en los errores que

anteriormente haya cometido; y sobre todo los que pudieron ofender á la humanidad. Oigo que me preguntan, ¿segun esa doctrina se nos propone por ocupacion de todos los dias, aun quando sea de cortos instantes, un exámen de conciencia? = Sí, críticos ridículos, un exámen de conciencia en su verdadera extension.

Si todos los hombres supieran practicar tan laudable exercicio, la sociedad ganaria mucho, se encontrarían ménos vicios, y las acciones útiles y laudables crecerían considerablemente.

(18) *Y despediré al molesto Lorimon.* No discurro que este exemplo de corrupcion en una muger sin honor, pueda tacharse de un juego romancesco de la imaginacion. Es una

de aquellas verdades incontrastables y así es que traería muchas ventajas, y muy felices efectos si este rasgo característico, y muy continuo en la sociedad, se ofreciera á todos en su fuerza efectiva, y reprehensible. ¡En cuánto grado nos alucina el amor propio! Y si no, ¿cómo habíamos de dar crédito al falso amor, á la *decantada* fidelidad de una vil prostituta? Pues sin embargo, á esta clase de mugeres prodigan sus riquezas y su inclinacion infinitos incautos, bastante necios para persuadirse á que serán amados, á que sus afectos se verán correspondidos, y á que sus beneficios no se quedarán sin su justo agradecimiento. La perversidad de sus costumbres y su falta de raciocinio hace que funden á

veces su vanidad en aventuras galantes, que los debieran avergonzar. ¿No ha de cesar esta vanidad mal entendida de ser el móvil de la mayor parte de nuestras acciones? ¿No es un dolor que esta misma vanidad nos tiranice de esta suerte, quando de ella podriamos sacar efectos muy saludables, si supiéramos conducirla?

(19) *La desvergüenza y el atrevimiento de aquella muger me admiráron y llenáron de furor. He aquí un original que tiene muchísimas copias, y aun estoy por decir que muchas mugeres de esta clase perderian gran parte de los encantos que alucinan á sus ridículos partidarios, si no estuviesen tan amaestradas en el vicio. Yo mismo he oido decir en un*

tonillo de mofa, á una de estas despreciables criaturas, “¿quieren las mugeres agradar á los hombres? trántenlos como si fueran esclavos, pues quanto mas pesadas son las cadenas que arrastran, tanto mas amados se imaginan. Son tan necios que á la honradez la llaman debilidad.”

(20) *¿Tienen comparacion todas las riquezas del Universo, con una edad que por todos títulos es la mas proporcionada para el amor?* Esta es una proposicion á la qual no es fácil oponerse con justicia. Aquellos ricos que miran á la fortuna como si fuese el manantial de todas las felicidades, deben creer que en llegando á cierta edad, aun quando posean todos los tesoros del Universo,

no podrán desmentir la multitud de sus años. Comprarán sin la menor disputa los favores materiales de una muger; pero no poscerán su ternura: en una palabra, no serán amados, porque el amor tiene mucha conexión con la juventud. Reprehendian á una dama porque no guardaba la mayor fidelidad á un rico mercader que la obsequiaba, solo por prodigar sus caricias á un jóven bastante pobre... "verdad es... (contestó ella) no puedo negar que J.*** no tiene un quarto; pero tiene diez y ocho años, y Mr. *** está muy cerca de los setenta."

QUADERNO SESTO.

LORIMON,
Ó EL HOMBRE SEGUN ES.

QUARTA PARTE.

TOMO TERCERO.

QUARTA PARTE.



MI EDAD MEDIA.



ARTICULO SEGUNDO.

El disoluto Germon ; aquel Germon tan entregado á los vicios y al vil libertinage , cayó gravemente enfermo , y su vida comenzó á verse en el peligro mas terrible.

Inmediatamente le fuí á ver;

pero ¡qué espectáculo se ofrece á mi vista! Germon espirando, y rodeado de todos los funestos aparatos de la muerte.

“Acércate, Lorimon; acércate, y contempla la desdicha del hombre mas desastrado y triste... toda mi pasada existencia habla en altas voces contra mí... por qualquier parte que tienda mi consideracion, solo descubro muerte y sepulcro... sepulcro en donde para siempre me voy á hundir, mi querido Lorimon, para siempre... ¡Qué cruel imágen! Ya no me resta ningun alivio... ya tampoco puedo dudar que existe un Dios... que... (¡ó palabra atroz!)

„no me perdonará acaso la inmen-
 sidad de mis crímenes... estos han
 sido excesivos, Lorimon... es im-
 posible referir su número.”

Diciendo esto Germon, cayó en una especie de desesperacion, y todos los que le rodeaban procuráron calmar el exceso de su horrible estado. Reportaos, señor Germon (le dixéron); tened mejor esperanza. Se incorporó al oír estas últimas voces, y no sin bastante furor, exclamó: ¡esperanza! ¿y qué puedo yo esperar sino una eternidad de tormentos? ¡ay infeliz! (prosiguió con un acento dolorosísimo) ¿y yo he podido cegarme en tanto extremo?... Ya lo ves, Lo-

rimon (me dixo con una voz que me llenó de terror): tiembla, y conoce que esta es la suerte que te espera.

Dice, y se queda exânime, y en las mismas orillas de la tumba.

Inmediatamente abandoné aquel espectáculo atroz, que nunca se borrará de mi memoria. Con todo volví á ver á Germon en las garras de la muerte, y sin sentido alguno; y semejante escena me llenó de las ideas mas espantosas. Mi situacion se hizo mas terrible quando supe que aquel infeliz habia muerto en medio de las convulsiones de la rabia, y que la palabra *Dios* fué la última que pronunció en su desastrado fin.

Monsernin fué á visitarme inmediatamente que supo esta horrosa catástrofe. “¿Qué tal, Lorimon? me dixo: la leccion ha sido demasiado interesante para olvidarla... nada ignoro; sé que á Gernon le han castigado anticipadamente sus mismas culpas; sé que no ha podido sufrir los horrores de su muerte, y en verdad que le compadezco... con todo, si le agitó un verdadero remordimiento, no debemos dudar que el Sér supremo le habrá perdonado. Sí, Lorimon; Dios perdona, y este es uno de sus primeros atributos.”

Las palabras de Monsernin no

eran causa de que yo saliese de mi profundo enagenamiento. El prosiguió: "veo con satisfaccion que esta aventura no te será del todo inútil. ¡Ojalá recojas el fruto que te proporciona, y conozcas á fondo que hay un Dios que recompensa y que castiga, y que ademas (estrechándome en su seno) se desarma y depone su justa ira por medio del sincero arrepentimiento! Nunca olvides este rasgo característico de la divinidad, que por sí solo merece todo el colmo de nuestra adoracion."

Las palabras de aquel hombre tan estimable, tan digno de la verdadera amistad, resuenan to-

davia en el fondo de mi corazon; sin embargo no produxéron entón-ces los efectos que debian; pues yo inmediatamente volví á caer en mi irreflexion, y en el mismo des-órden que ántes me dominaba. Verdad es que mi impiedad perdió mucha parte de su vigor. (1) Llegué á ser ménos atrevido, ménos firme en mi falso sistema del materialismo, y momentos habia que le abjuraba con todas las veras posibles.

Lector, no pierdas nunca de vista la relacion de mi historia, y mira en ella retratada la tuya: ¡oxalá que la narracion de mis errores y vergonzosas locuras te conduzca

al conocimiento dichoso de tí mismo; porque semejante conocimiento no es un artículo despreciable para los principios de que el hombre debe penetrarse!

Mi padre volvió á su patria, y manifesté bastante satisfaccion al tiempo de verle; pero aquellos primeros momentos de terneza perdieron inmediatamente todo su ardor. En efecto, para visitarle, apenas consagraba el menor instante en el discurso del dia, pues solo me ocupaba en mi afeminada dissipacion, y en mis sueños ambiciosos. "Hijo mio (me dixo un dia), bien me castiga tu mala educacion; pero tambien he de confe-

„sar que semejante castigo le me-
 „rezco demasiado : en efecto, si yo
 „hubiese impreso en tu alma aque-
 „llos sentimientos que á todos de-
 „ben agitarnos , no tendria en la
 „actualidad ni que sentir , ni que
 „quejarme de esa especie de indi-
 „ferencia con que me tratas.” (Pro-
 curé disculparme ; pero mi padre
 sin oirme prosiguió) “No es fá-
 „cil que me engañes : los movi-
 „mientos del alma no se ocultan
 „con tanta facilidad. (2) Aun tus
 „mismos criados me hablan con
 „una frialdad , que me humilla y
 „me mortifica considerablemente...
 „¡ Ah ! (continuó vertiendo algu-
 nas lágrimas) yo solamente soy el

»culpado ; de nadie debo quejar-
 »me ; yo soy solo la causa de que
 »te conduzcas de esta manera con
 »un padre infeliz ; estos son los
 »efectos de mi imperdonable ne-
 »gligencia en cultivar tus prime-
 »ros años. (3) Pero sin embargo,
 »hijo mio , la naturaleza debia ha-
 »blar dentro de tu corazon : ella
 »no necesita que la instruyan.”

Enternecíme en aquel punto,
 y me arrojé á los brazos de mi pa-
 dre , asegurándole que nunca ten-
 dria que volverme á reprehender
 por un motivo de aquella natura-
 leza ; que me habian conmovido
 sus palabras , y que en mi casa
 no habria nadie que no le mani-

festara aquel interes y respeto que por todos títulos merecía.

Mis palabras le tranquilizaron al parecer , y mi terneza filial permaneció tambien en su fuerza algunos dias ; pero aquel débil rayo de sensibilidad se apagó tan fácilmente como pronto habia comenzado á arder. Mi padre renovó sus quejas , que tambien fuéron infructuosas ; y tanto llegó ya á sentir mis procedimientos , que separando casa , fué á vivir en otra muy distante de mis barrios.

¡ Frívola sociedad ! ¡ superficial sociedad ! ¡ he aqui el extremo a donde nos conduce el abuso de tus falsos placeres ! La pérdida del en-

tendimiento tambien se extiende al corazon , y quiero dar una nueva prueba de esta verdad.

Entre las víctimas de mi disolucion perdí de vista una jóven , á quien la edad de las flaquezas , reunida á su poca experiencia , habia constituido incapaz de resistir á mi ascendiente corruptor. Pruebas nada equívocas de nuestra intriga la ilustraron acerca de su situacion infeliz. Yo , por una casualidad , habia permanecido algun tiempo en la provincia donde ella vivia ; y quando me restituí á París, supe por algunas cartas que me escribió su deplorable estado : habia tenido precision de

huir de la vista de sus padres, porque el efecto de mis falsos amores iba á manifestarse. No tuve mas arbitrio que enviarla algun socorro.

Ahora debo detenerme á hacer algunas observaciones, de las quales me alegraria sobre manera que se recogiese algun fruto. ¿Cómo un ser, que se llama *hombre*, una criatura dotada de razon, que se atreve á pronunciar las palabras de *buenos sentimientos* y de honor, se abandona con tal extremo al libertinage, y se constituye indiferente respecto de las resultas de su depravacion? ¿cómo se expone á dar una exístencia, que ha de ser un manantial eterno de desgra-

cias y de humillaciones para el triste individuo que la recibe? ¿es posible que haya alguno á quien se le oculte que un padre, á pesar de la rigurosa reprobacion de las leyes, debe, segun la expresiva voz de la naturaleza, ya que no pronunciar claramente este nombre sagrado, conservar á lo ménos los sentimientos, la terneza y las obligaciones paternales? Faltar á ellas ¿no es crimen imperdonable? ¿obliga acaso á semejante barbaridad la influencia de las costumbres? ¿y no debe qualquiera avergonzarse de una injuria tan atroz hecha á la humanidad? Todos los dias resuenan en nuestros

oidos las siguientes palabras : *dos hijos tengo* (4) ; *pero á fe mia que no puedo dar razon del número de los bastardos.* ¡ Bárbaros ! ¿ Y todavía tendreis la audacia de llamaros *hombres* ? Echad una ojeada en los animales , ó en el salvage mas atroz , y aprendereis como debe proceder , como ha de sentir , como ha de obrar todo el ser que le da á otro la existencia.

Dixéronme un dia mis criados , que un jóven que no conocian deseaba hablarme reservadamente. Le hice entrar ; y un interes imprevisto se apoderó de mi corazon desde el punto que le ví.

« Señor (me dixo con una tímidez

y una modestia que me encantáron) : me han encargado que ponga en vuestras manos esta carta, que os manifestará quien soy yo, y el golpe terrible que acabo de recibir.”

Y mil lágrimas cayéron de sus ojos. Me apresuré entretanto á abrir la carta que me habia entregado : la letra no me era desconocida. Leí lo siguiente.

“Os escribo , señor Lorimon, en la última extremidad , persuadida , con harto pesar mio, á que enteramente me habeis olvidado. Me ofrecisteis sin embargo en otro tiempo una correspondencia , que imprudentemente lle-

»gué á creer, y que me arrastra al
»sepulcro. Mi hijo, que es vues-
»tro hijo tambien, os dirá circuns-
»tanciadamente las situaciones que
»yo misma quisiera descubrirlos, á
»no impedirmelo mi deplorable es-
»tado. Yo voy á morir, Lorimon,
»despues de haberme libertado de
»todas las investigaciones que mi
»familia ha hecho para encontrar-
»me : he empleado tambien quan-
»tos medios permite la honradez
»para aliviar mis tristes dias, y los
»de la víctima desgraciada de nues-
»tros mutuos errores... he tenido
»que sufrir pruebas demasiado ver-
»gonzosas... pero era madre, ¿ y
»adónde no alcanza el amor ma-

»ternal? En fin en medio de mi
 »profunda miseria he tenido la fe-
 »licidad de criar á nuestro amado
 »hijo, y aun de darle alguna edu-
 »cacion... ¡O Dios mio! él va á
 »perderme para siempre, y se en-
 »contrará sin ningun apoyo, y sin
 »el menor socorro... ¿Tendreis la
 »inhumanidad de cerrarle vuestro
 »pecho, y de olvidaros de que sois
 »su padre, aun quando las leyes
 »no os hayan permitido usar con
 »toda libertad de este nombre res-
 »petable? Yo os perdono ciertos
 »cruces procedimientos que con-
 »migo habeis usado, y que siem-
 »pre os reprehendereis vos mismo.
 »¿Era tan triste el pago que yo

«esperaba de la terneza mas sin-
 «cera? Bastante ha castigado el
 «ciclo mi ceguedad. No dudo que
 «para siempre habreis olvidado es-
 «ta madre infeliz; ¿pero tendreis
 «la barbaridad de desconocer al hi-
 «jo? Este os manifestará muchos
 «papeles, y algunos de vuestra
 «misma mano, que atestiguan que
 «á vos debe su triste nacimiento.
 «Espiro al ménos con la consola-
 «dora esperanza de que sereis mas
 «sensible con esa interesante cria-
 «tura, que no con la madre que
 «os envia su postrimer suspiro...
 «vuestra compasion debe mostrar-
 «se con vuestro hijo que de ningun
 «modo es culpable, pues solo nos-

„otros somos los criminales. ¡ Ay
 „de mí ! he conocido la verdad
 „quando ya no me quedaba otro
 „recurso que el de entregarme á un
 „inútil arrepentimiento... La muer-
 „te me rodea por todas partes...
 „¡ O fin terrible , nunca desmentí-
 „do !... A Dios , señor Lorimon...
 „para siempre...”

Sin acabar casi de leer aquellas
 funestas líneas abrí los brazos , y
 estreché tiernamente á aquel jóven;
 despues eché una ojeada sobre algu-
 nos papeles que me entregó , y vol-
 viéndole á abrazar , le dixé enter-
 necido : “ sí ; tú eres mi hijo... no
 „lo puedo negar... ¿ y ha muerto tu
 „desgraciada madre ? ” – “ ¡ Ah se-

„ñor Lorimon!... no me atrevo á
 „llamaros mi padre , aun quando
 „mi corazon me acredita bastante
 „que os debo la vida... Sí señor;
 „mi madre... mi triste madre no
 „existe ya... (las lágrimas le aho-
 „gaban la voz): la he perdido por
 „una eternidad... me amaba con ex-
 „tremo... y yo tambien la amaba á
 „par de mi alma.”

Sus lágrimas se aumentáron , y
 yo tomé la palabra.

“En efecto : tu madre tenia mu-
 „chos motivos para quejarse de mí:
 „véanse los efectos de habitar una
 „ciudad tan populosa como París:
 „una disipacion extremada y un
 „delirio continuo nos hacen olvi-

»dar los objetos que mas debian in-
»teresarlos. No sé por qué fatali-
»dad se ha visto tu madre tan dis-
»tante de mi lado desde la época
»de nuestro desgraciado amor: la
»he querido, no lo niego, y la
»lloraré eternamente: tú nada tie-
»nes que temer: cuenta desde lue-
»go con mi constante proteccion.
»Yo haré que te eduque y te di-
»rija una persona que por todos
»títulos es lo mismo que yo, y que
»merece mi total confianza... te es-
»cribire á menudo, y así no será
»preciso que me visites... No vie-
»ne al caso aclarar este secreto de
»manera que todos lleguen á sa-
»berlo... y no creas que mi terneza

»no será de un verdadero padre...
 »¡Ay hijo mio! abrázame , y no
 »dudes que yo procuraré reparar
 »la pérdida de una madre , cuya
 »memoria me seguirá hasta el se-
 »pulcro.»

La naturaleza en aquellos instantes se habia dexado ver en mi corazon , y yo me sentí conmovido por medio del ascendiente dichoso que muchas veces exerce en nosotros la sensibilidad.

Enrique (este es el nombre de aquel fruto desgraciado de mis licenciosos errores) se retiró , habiéndome vuelto á estrechar entre sus brazos , y no dudando que recibiria de mí todos aquellos testi-

monios que exige la paterna inclinacion. En efecto; le dirigí á un buen hombre, á quien yo conocia mucho, y cuya discrecion era muy notoria.

Hícele algunas visitas, y continué tratando á Enrique de un modo que le confirmaba en la idea de que en mí habia encontrado un verdadero padre.

Con todo, muy pronto conoció que yo, á exemplo de la mayor parte de los mortales, solo cedia á una sensibilidad fugitiva. Mi interes primero se fué debilitando, y economizaba mas los gastos que por su causa debia hacer, miéntras desperdiciaba el dinero en bagatelas y

errores indisculpables. Nunca nos cansaremos de repetir que *nuestra existencia es una eterna infancia.*

Algun castigo habia de tener mi modo de pensar. No será difícil que mis lectores se acuerden de mi reprehensible indiferencia en la educación de mis hijos : mi hija estaba poseida del delirio mundano en mayor grado que su madre ; y así es que llevó mas léjos que esta última su espíritu de imitación. Poco satisfecha con vivir entregada á una excesiva coquetería, y de abandonarse á las vanas diversiones de la sociedad , y á un perpetuo aturdimiento , cayó en aquel desorden irresistible que suele seguirse al ol-

vido de las costumbres. En una palabra , admitió un gran número de amantes.

Mi yerno entró una mañana en mi quarto. Su mal humor me dió á entender que no me traia muy buenas noticias.

“Vuestra hija , señor Lorimon, »tiene una conducta que absoluta- »mente no puedo disimular por »mas tiempo. De nada hace ménos »caso que de la honradez , y he »aquí una prueba indubitable de »esta triste verdad.” La prueba que decia era una carta galante dirigida por mi hija á un *jóven de los del dia* , en la qual daba testimonios irrefragables de su infidelidad.

Fácil es de conocerse que tuve parte en el sentimiento de mi yerno ; y así es que procuré apaciguarle , ofreciéndole que hablaría con la mayor seriedad á mi hija, y que aun la amenazaría si para lo sucesivo no me ofrecía una segura enmienda : le rogué que aminorase sus quejas , repitiéndole que presto tendría una completa satisfaccion, y dándole á entender que desearía que el asunto no tuviera trascendencia. Añadíle : "envíame inmediatamente á tu muger , y te diré el resultado de nuestra conversacion."

Cecilia (así dixé que se llamaba mi hija) se presentó con una

seriedad al parecer imperturbable.

“Padre mio (me dixo) mi marido
 „acaba de decirme que teneis que
 „hablarme. ¿Qué asunto es el que
 „os obliga á que me llameis?” –

“El mas serio (la respondí): el que
 „mas debe llamar mi atencion. Tu
 „esposo se queja amargamente de
 „tu conducta; y lo que es mas,
 „está en la creencia de que su ho-
 „nor se ve comprometido, de que
 „faltas esencialmente al tuyo; en
 „una palabra, de que median in-
 „trigas que...” “Permitidme que os
 „interrumpa (me replicó Cecilia
 con una firmeza que no me podia
 esperar): si yo en efecto no guardo
 „la fidelidad que quisiera á un en-

»lace que jamas ha merecido mi a-
 »probacion (perdonadme esta espe-
 »cie de temeridad), ¿quién es mas
 »reprehensible, vos ó yo? ¿no me
 »habeis arrastrado, por decirlo así,
 »á los pies del altar? ¿se os ocul-
 »ta que muy á pesar mio, muy
 »contra mi voluntad, he entrega-
 »do mi mano á un hombre que
 »por ningun título me agradaba?
 »Yo os manifesté con tiempo mi
 »decidida aversion hácia un ma-
 »trimonio que me causa una eter-
 »na pesadumbre; pero mis quejas
 »fuéron inútiles, y mis ruegos des-
 »preciados. Aun os diré mas, y di-
 »simulad un momento que hable
 »con esta resolucion al autor de

„mis días : esta es la primera vez
 „que me hablais de mis obligacio-
 „nes. Mi corazon necesita llenarse
 „de un objeto que me interese mas
 „que un marido , al qual no se in-
 „clina mi voluntad ; y si positiva-
 „mente merezco por mi conducta
 „alguna reprehension , bien cono-
 „ceis que no seré sola yo la que de-
 „bo sufrirla.” “¿ Y qué quieres de-
 „cirme ? ¿ qué me quieres dar á en-
 „tender ?” (la repliqué con un poco
 de furor, y Cecilia continuó sin al-
 terarse.) “¿ Qué educacion ha sido
 „la mia ? ¿ y qué fruto habia de ser
 „el que yo recogiera con los exem-
 „plos que solia tener á la vista ?”

Estas palabras me confundié.

ron. La conciencia , que es nuestro primer Juez , y que no se corrompe muy fácilmente , gritó en aquel momento en contra de mi conducta : no tuve ánimo para responder y usar de la autoridad paterna ; y mi corazon me decia claramente que Cecilia tenía motivos para hablarme de aquella manera, y que la verdad y la justicia la hacian superior á aquel respeto , que es el único , aunque débil apoyo, en que muchos padres se fundan quando se olvidan enteramente de la razon.

Mi hija continuó hablándome de la manera siguiente.

“Si puedo todavia reclamar

»vuestra terneza (y se arrojó á mis pies) permitidme que solicite
 »una separacion, que indispensablemente necesito para hacer feliz mi existencia. De otro modo no la puedo soportar por mas tiempo.»

Hícela levantar, y la hablé con el cariño y expresion natural del amor paterno. ¿Y qual fué el resultado de nuestra conversacion? ninguno á la verdad; en efecto, nos retiramos sin quedar en cosa ninguna.

Apénas se retiró Cecilia, quando todos mis culpables errores se presentáron en tropel á mi vista: ¿quánto tenia á la verdad que re-

prehenderme respecto de mi continuo descuido en la educacion de mis hijos? La reconvencion que me hizo mi hija, diciéndome que eran pocos los buenos exemplos que se la habian ofrecido, se me clavó en el corazon; porque no dexaba un minuto de ofrecerme el quadro de mi vida; que habia ciertamente sido muy escandalosa. ¡ Ah padres y madres! si leéis mi historia, reflexionad bien este artículo, y lleguen á serviros de alguna utilidad mis imperdonables errores. Este es el consuelo que me resta: este es el modo que sea ménos culpable á mis propios ojos.

En vista de la negligencia que

siempre tuve con mis legítimos hijos, ¿quién se admirará de la poca atención que me merecía el desgraciado Enrique que había venido á refugiarse en mi amparo y protección? Creo que he dado pruebas suficientes de mi carácter.

Mi hijo en efecto apenas tenía lo mas necesario para vivir. La persona á quien le había encargado me daba algunas veces reprehensiones bastante fuertes acerca de mi conducta, y yo la concedía la razon sin meterme en contestaciones; pero aun no nos habíamos separado, quando volvía á caer en mi anterior ceguedad y olvido, á pesar de que el jóven En-

rique daba muy buenas esperanzas en su talento y en sus virtudes. Mis buenas intenciones respecto de aquel infeliz se enfriaban, ó por mejor decir, se disipaban, quando me acordaba de que su nacimiento era ilegítimo; así es que el interes que me habia inspirado cedia á esta observacion tan enemiga de la naturaleza, de la verdad y de la humanidad. «Al »cabo es bastardo, solia decirme »á mí mismo: no estoy en la precisa obligacion de asegurar su »existencia sacrificándome: para él »es muy bastante un oficio.»

Poseido enteramente de una idea de esta naturaleza, le hablé

un día á Enrique acerca de la carrera que mas le podia agradar. “Pienso de continuo (le dixé) en el destino que he de proporcionarte : es preciso meditar la colocacion que te conviene.” “Mucho me alegraría (me respondió) entrar en el comercio.” – “¿ En el comercio? Tú deliras. ¿ Adónde vas á parar con ideas tan elevadas? Es forzoso que te dediques á trabajar alguna cosa que asegure tu subsistencia con el favor de algunas asistencias que yo podré añadirte... por exemplo... el oficio de zapatero... de criado en alguna casa decente...” “Vuestro hijo , señor (replicó el infe-

liz llorando amargamente), vues-
 «tro hijo zapatero?... ¡Ay madre
 «mia!...” “Pero es menester, En-
 «rique, que reflexiones que no eres
 «mi hijo legítimo...” “¿y qué?
 (continuó llorando todavía mas a-
 margamente) ¿no os ha concedido
 «sin embargo la naturaleza el sa-
 «grado nombre de padre? Acaso os
 «profeso yo mayor ternera, mayor
 «cariño que los hijos que en nada
 «se aventajan al desgraciado Enri-
 «que mas que en el privilegio con
 «que se ven autorizados por las le-
 «yes. ¡Ah! sí señor, sí señor (añadió
 ahogándose en sus lastimosos suspi-
 ros) la naturaleza... la naturaleza.”

No pudo seguir. Yo lo mani-

festé todas las ventajas de un nacimiento legítimo. Su madre en efecto no había sido, como dije anteriormente, esposa mía, ni tampoco de una clase que pudiera darla esperanzas de unirse á mí con un lazo indisoluble: hay en la sociedad ciertas preocupaciones de que no se puede prescindir. "Así es (le añadí) que solo debes exigir de »mi sensibilidad que te suministre »los medios precisos para que en »algun tiempo puedas subsistir con »tu trabajo solamente."

Tambien tuve la imprudencia, por no llamarla crueldad, de decirle que por desgracia suya la calidad de hijo bastardo es en el mun-

do una especie de borron no muy proporcionado para conseguir empleos ventajosos.

Quise abrazarle , y repugnándolo Enrique , me dixo : “supuesto , señor Lorimon , que no debo
 „llamarme hijo vuestro , tampoco
 „debo admitir agasajos que no son
 „de un padre... no niego que he
 „llegado á quererlos tiernamente,
 „y acaso en mayor grado que todos los de vuestra familia... pero
 „sin embargo no por esto he de
 „descender sin urgente necesidad
 „á la clase de un lacayo ó de un zapatero... no quiero tampoco que
 „me dispenseis mas beneficios : sería en mí una gran baxeza admi-

»tirlos... yo buscaré todos los me-
 »dios posibles para vivir sin servi-
 »ros de molestia; y si no los consi-
 »go, moriré con el placer de no
 »causaros ninguna incomodidad.»

Los suspiros le impidieron que siguiese adelante. Por mas que quiso evitarlo, le estreché entre mis brazos, y procuré consolarle, pues nada de quanto yo le habia dicho era un decreto irrevocable... ¡pero ay, que el mal ya estaba hecho!

El desgraciado Enrique padeció desde aquel punto una melancolía profunda que le consumia.

Dixéronme un dia que habia huido, dexándome la carta siguiente. "Es imposible que seais mi pa-

»dre ; y supuesto que no puedo
 »obtener el nombre de vuestro hi-
 »jo , estoy en la obligacion de bus-
 »car nuevas personas que sean mas
 »sensibles conmigo... acaso halla-
 »ré algunas que me consuelen del
 »duro rigor con que me tratan las
 »leyes... ; Ah ! yo os amo como si
 »fuese vuestro hijo legítimo , y á
 »pesar de vuestros crueles procedi-
 »mientos nunca os olvidaré ; nun-
 »ca dexaré de consagraros toda la
 »ternura de un hijo verdadero.”

P. D. Acordaos alguna vez de mi triste madre.

Esta carta me destrozó el co-
 razon. Investigué con el mayor afan
 el paradero de Enrique ; pero fué-

ron inútiles mis pesquisas. No volví absolutamente á tener la menor noticia de aquella infeliz criatura, tan digna de excitar los sentimientos paternos. Mis hijos legítimos se vengaron no obstante de la poca ternura que me habia merecido ; y aun mi padre quiso castigarme al parecer por mi reprehensible conducta.

Tampoco le daba yo aquellas pruebas de afecto que por todos títulos merecia ; y si le visitaba, era con el aturdimiento y superficialidad característica de todas mis acciones ; en una palabra , yo en nada me parecia á aquellos hijos que aman á sus padres. Tal era la

destrucción que los vicios habían extendido en mi naturaleza.

Perdido , por decirlo así , y cayendo de un delirio en otro delirio , reuní á esta enfermedad moral la mas vergonzosa de las pasiones ; la avaricia. Este vicio tan reprehensible cobraba en mí diariamente un ascendiente nuevo , y no era el que ménos había ocasionado mi indiferencia notable con Enrique , cuyo paradero no pude de ningun modo averiguar. . .

Mi padre cayó enfermo , y el interes que debía profesarle se animó algun tanto. Díxele que viniera á mi casa , pero fuéron inútiles mis instancias ; porque se obstinó

en no aceptar el partido que le proponia, y en permanecer en la misma habitacion.

Véaseme en fin padeciendo un castigo que había merecido demasiado. La enfermedad de mi padre se agravaba considerablemente; y aun quando le visitaba con mayor frecuencia, muy rara vez conseguia que hablase la menor palabra. Su vida comenzó á amenazar el peligro mas eminente, y mis continuas visitas, y mi incesante cuidado se miraban no obstante con indiferencia. Yo me desesperaba notando una tibieza tan singular... ¿pero cómo podia quejarme, quando tales procedimientos no llega-

ban á igualar en su fealdad á los que ya anteriormente habia usado?

Un amigo de mi padre fué á visitarme , anunciando una nueva terrible en su semblante. “Discurro (me dixo) que leereis en mi rostro »lo que tengo que deciros... vuestro padre está en este momento exhalando su último suspiro.” “Mi padre... ¡ó Dios mio!... voy »inmediatamente á verle.” “Excusaos (me replicó) un paso de »esa naturaleza : en él solo conseguiréis ser testigo del espectáculo »mas funesto ; ademas de que vuestro señor padre me ha encargado »expresamente que no volvais á

„presentaros á sus ojos ; que os di-
 „ga que os perdona con la mayor
 „sinceridad , pero que desea que
 „no volvais á verle... siento mucho
 „teneros que dar parte de...” “Pe-
 „ro qué , ¿ mi padre?...” “Ya os lo
 „he dicho : no llegaria yo á vues-
 „tra casa , quando ya probable-
 „mente habria espirado.”

Este terrible mensajero se mar-
 chó , dexándome sumergido en el
 estado mas cruel : entónces fué
 quando verdaderamente conocí to-
 do quanto tenia que reprehender
 en la conducta que habia usado con
 mi padre ; pero semejantes refle-
 xiones (tardías , y comúnmente
 inútiles) eran rayos de luz , que

me iluminaban , y se desvanecian inmediatamente. Es imposible que aquel que se abandona á todo el vigor de sus pasiones , tenga un modo constante de pensar. Las impresiones que recibe , son siempre demasiado fugitivas.

No quiero volver á referir mas por extenso las circunstancias de mi vida enteramente abandonada á las intrigas y al insaciable ardor de hacer papel en el mundo , bien aumentando mi fortuna, bien confundiendo siempre la realidad con la apariencia , ó corriendo en pos de ilusiones , ó alejándome sin fin de la naturaleza , que debe ser nuestra guia inseparable.

Mi muger , á la salida de un gran bayle , se sintió indispueta, y de resultas murió sin darme la menor prueba de sensibilidad , y dexándome quatrocientas mil libras de deudas : ; resultado funesto de los gastos intempestivos , que solo se encaminan al desordenado afan de lucir , de parecer mas que otros, de delirar eternamente !

Mi hija , que era la exácta copia de su madre , subsistia en su reprehensible conducta. El interes habia reunido á los dos esposos ; y mi yerno , imaginando que separarse de su muger era en mengua y ruina de sus bienes , la dexaba vivir á su libertad , y permitia que

se entregase á todos sus caprichos, por no decir á todas sus pasiones. El bello sexô pasa gran parte de su vida vagando de una fantasía á otra fantasía; y así es muy difícil encontrar una muger que tenga una inclinacion decidida.

Mis lectores se acordarán que la carrera de la Abogacía se la habia yo hecho abrazar involuntariamente á mi hijo. De aquí dimanó que jamas pudo penetrarse de las innumerables obligaciones que debia desempeñar, y cuya dificultad se comprehende fácilmente (8). En efecto, ser árbitro de la fortuna, y á veces de la vida de los hombres, suele ser la profesion del

Magistrado ; y esto exige una inalterable probidad y un continuo estudio de las leyes, de sus interpretaciones; unas luces claras, que nunca puedan alucinarnos, y sobre todo un alma superior á los intereses y á la corrupcion. No negaré que mi hijo poseia aquellas qualidades que , segun el mundo , le adquirieren al individuo el título de *hombre honrado* ; ¿pero cuántas circunstancias deben reunirse para constituir verdaderamente la honradez ? El amaba los placeres y la sociedad; en una palabra , caminaba por los mismos pasos que su padre , y así es que su descuido en sus mismos asuntos le ocasionó repetidos dis-

gustos. Un Magistrado á quien arrebatata la disipacion del mundo; un Magistrado que dexa sus penosas y delicadísimas obligaciones al cuidado de agentes subalternos, se diferencia muy poco en las malas conseqüencias que ocasiona, del que viciado y corrompido se olvida de los sagrados derechos de la justicia y de la verdad. ¿Por qué motivo, quando yo obligué á mi hijo á que abrazase semejante carrera, no le dí algunos consejos capaces de instruirle en sus esenciales deberes? ¿por qué al ménos no le puse al lado personas instruidas, que supieran concluir la obra que yo debiera haber comenzado? ¿no

es un oprobio hacer de una Magistratura un objeto de comercio? ¿y yo, insensato, creia satisfechas mis obligaciones paternas, dando á mi hijo á fuerza de dinero la posesion de un empleo tan digno de consideracion, y tan dificil de desempeñarse?

Tambien se iba debilitando mi entusiasmo por la sociedad (9); sea que el curso de los años me fuese llenando de cierta frialdad inevitable, ó sea el disgusto y fastidio que al fin acompaña al que se ha apresurado extraordinariamente en gozar. Por otra parte mi ambicion de aparentar y de sobresalir iba cediendo á la avaricia, que cada dia

me dominaba con mayor imperio: *hasta la sensibilidad perdí; aquella poquísima sensibilidad que habia recibido de la naturaleza.* Voy á decir una verdad incontestable al que se vea en la infeliz precision de reclamar un sentimiento de beneficencia: diríjase mas bien que á un anciano corrompido á un jóven, pues este se enternecerá con mas facilidad, al paso que el primero se endurecerá en mayor grado quando se le haga la exposicion del infortunio que nos agita.

Monsernin no cesaba jamas de darme saludables consejos, que sin disputa debiera haber seguido mi razon (si es que en mí habia al-

guna). Conocia la justicia de sus avisos; pero mi corazón se negaba de continuo á sus insinuaciones sensatas, útiles y tiernas. ¿Por qué los preceptores que me dirigieron en la infancia no fueron lo mismo que el prudente Monsernin? ¿quánto hubiera tenido que agradecerles si me hubiesen dado la existencia moral? Véase el resultado de la mala educacion: siempre repetiremos que la naturaleza pervertida es muy difícil que llegue á reformarse; una vez viciada y estragada del todo, mira á la verdad como una luz fugitiva, que huyendo nos dexa en las mas espesas tinieblas. ¿O es tal la desgra-

ciada suerte de la criatura , que ha de ser siempre el juguete de los errores y de los falsos placeres?

REFLEXIONES.

(1) *Llegué á ser ménos firme, ménos atrevido en mi falso sistema del materialismo, &c.* Ahora mejor que nunca podemos exclamar: ¡ó qué absurda barbaridad! ¿puede haber efectos sin causa? ¿porque me sea imposible concebir lo que sea la naturaleza divina, he de decidirme á negar su existencia? ¿quánto mas fácil que construir una cosa es destruirla? Este es el modo con que los ignorantes que se ven tan destituidos de talento como llenos de vanidad, rompen el nudo de todas las dificultades; porque la incredulidad cuesta

ménos trabajo, ménos esfuerzos que la creencia. Vosotros que sin saber cómo, pronunciais esta voz *naturaleza*, decidme: ¿qué es de esta naturaleza, y qué es de la materia, si no las dirige un espíritu superior? ¿porque yo haya nacido ciego, y desconozca de consiguiente los colores, he de negar absolutamente que existen semejantes colores? Aquel griego que dixo *que sabia que no sabia nada* era un verdadero filósofo. Tengamos, pues, valor bastante para confesar nuestra ignorancia, y quando no podamos elevarnos hasta el principio de las cosas, declaremos humildemente toda la inferioridad de nuestras luces, conviniendo de buena fe en que nuestro entendimiento es limitadísimo: no nos empeñemos

en volar supuesto que no tenemos alas.

(2) *Aun tus mismos criados me hablan con una frialdad, que me humilla y mortifica considerablemente.* Este es un exemplo que diariamente se nos viene á los ojos: los criados en efecto son la verdadera caricatura de los amos; si faltan á la verdadera política, si miran con insolencia á algun individuo que entre en la casa donde sirven, es una prueba evidente de que aquella persona no recibe muchos testimonios de estimacion de parte del amo. Ademas los criados sufren con mucha repugnancia el yugo que su suerte les impone, y no aman con exceso por un órden regular á aquellos que se

igualan al ser que los domina. ¿Y quién con mas justicia merece igualarse á un amo que su mismo padre? El amor á la igualdad existe en el corazon del hombre; pero su sistema no puede nunca verificarse, porque es contrario al órden y á las ceremonias de la sociedad, y porque es tambien preciso que haya ciertas diferencias de destino ó de fortunas, así como las hay en las inclinaciones, en los caractéres, &c.

(3) *Estos son los efectos de mi imperdonable negligencia en cultivar tus primeros años.* Puede objetárseme (aunque con razon) que siempre vengo á parar en unas mismas observaciones; pero me lisonjeo de que me es muy fácil justificarme,

porque hay verdades que en ninguna parte se encuentran de mas, y que deben repetirse incesantemente. ¿No hemos dicho otras veces que nuestra exístencia suele ser una eterna infancia, y que olvidamos muy pronto nuestras esenciales obligaciones? Pues esta proposicion la repetiré sin cesar; los que nos dan el ser, descuidan nuestros primeros años, y no damos un paso en el qual no debieran fixar toda su atencion. Los rasgos de nuestra moral se indican desde el principio, y en el discurso de la vida el colorido de la pintura es el que viene á unirse al primer dibuxo. Esté es el que debe procurarse que sea perfecto desde el punto en que se nos coloca entre las criaturas humanas.

¡ Ah! padres! ¡ no despreciéis estas reflexiones! Es inútil repetiros que los que verdaderamente nos dan el ser son aquellos que perfeccionan nuestra moral; así es que no debemos confiarnos en los efectos de la ciega casualidad: ¿qué valen los que dan la existencia física, quando no hacen adquirir las qualidades que nos hacen superiores á los brutos?

(4) *Dos hijos tengo, però á fe que no puedo dar razon del número de los bastardos. Nadie dirá que esta proposicion es meramente un juego de mi imaginacion. Yo he sido uno de los que han oido semejante monstruosidad; que un hombre del gran mundo, ó por mejor decir, una bestia feroz, pronunciaba co-*

mo si fuese una gracia original y admirable ; habiendo (que es aun mas) individuos que la celebraran y admirasen. Por lo que á mí toca me retiré inmediatamente , y exclamé : “ ¡ah miserables criaturas ! ¿Y es esta una de aquellas proposiciones que resuenan sin fin en vuestros oídos ? ¿y no habrá una persona siquiera que manifieste su justa indignacion ? ”

(5) *Yo en efecto si no he guardado la fidelidad que quisiera á un enlace que jamas ha merecido mi aprobacion, &c. Véase aquí un quadro exâcto de muchísimos matrimonios ; por lo mismo no deben causarnos admiracion las tristes consecuencias, las desgracias, y aun los*

crímenes que á veces resultan. Tanto peca de necio y de inconsiderado, como de bárbaro y atroz el que se empeña en enlazar dos criaturas á quienes la naturaleza crió enemigas en cierto modo, desuniendo sus inclinaciones y sus caractéres. ¿Quántos padres se encontrarán que debieran sufrir las mismas reprehensiones que en este caso dió Cecilia al suyo? Tal es el resultado de la mala educacion; muy pocos son los padres que en la época en que piensan establecer á sus hijas se toman el trabajo de instruir las en las diversas obligaciones que corresponden á una esposa... se habrán esmerado sobremanera en proporcionarlas un excelente maestro de bayle, en que sepan tocar con perfeccion el piano, y acaso en ense-

ñarlas todo el falso brillo de la ciencia mundana; pero se habrán guardado muy bien de procurarlas las menores luces, ó de decirlas la menor palabra que tenga conexi6n con los deberes que deben desempeñar, y que merecen llamarse deberes sagrados... Y quando media una inconsideracion tan inexcusable, ¿por qué hemos de extrañar la multitud de enlaces tan mal dirigidos, y que diariamente estamos viendo? ¿y lo que Cecilia dice no es una reconvencion que les corresponde á muchos padres, si sus hijos se atrevieran como Cecilia á presentarles la verdad en su apreciable desnudez?

Me acusarán acaso de pedantismo, y mas quiero sufrir esta tacha, que ofender la razon. ¿En cuánto gra-

do aplaudiría los ensayos de mi pluma, si la lectura de mis obras produxese una feliz conversion en alguno de los individuos que se instruyen tan poco en los verdaderos principios de que debieran penetrarse?

La principal profesion del hombre que se dedica á las letras, debe ser la de decir la verdad. Si no contribuye á que las costumbres se mejoren; si no procura hacer mas felices á sus semejantes, no podrá en general decir que es útil, valido del mérito del talento : es entónces muy débil, y no merece la pena de cultivarle.

(6) *Se me agregaba la mas aborrecible, la mas vergonzosa de todas las pasiones: la avaricia. Nin-*

guna expresion basta para manifestar los rasgos infames que caracterizan á la insaciable sed del oro : aquella alma que enteramente se dexó poseer de este monstruoso vicio , no es susceptible de ninguna impresion favorable á la virtud , á la sensibilidad, y á la humanidad. El avaro en efecto es un ser distinto de todos los demas hombres , porque es tambien incapaz de hacer ninguna cosa saludable ; muy bien puede aplicarse á un individuo tan odioso el siguiente verso latino.

*Naturam expellas furca, tamen
usque recurret.*

(7) *No se encuentran muchas mujeres que tengan un sentimiento de-*

vidio, &c. De ningun modo comprende esta observacion á todas las mugeres en general ; pues hablando con imparcialidad, se encuentran muchas que no merecen una reconvencion de esta naturaleza. La educacion que suele darse á este sexô , tan digno de los mayores elogios, es causa de imperfecciones que acompañan á sus mas felices qualidades. El amor mal entendido á la sociedad y á la disipacion , le impide que se entregue á mil dulces sentimientos que deberian moverle ; de aquí se sigue un continuo aturdimiento en sus ideas, una gran dificultad en profundizar sus reflexiones, y una inclinacion extremada á ver solamente lo superficial de las cosas. Diximos que los hombres suelen permanecer en una eter-

na infancia, y este axioma pertenece con mas razon á las mugeres. Verdad es que nosotros tenemos la culpa, nosotros debemos enseñar y dirigir al sexô hermoso; y supuesto que no lo hacemos así, debemos reprehendernos, y echarnos en cara la mayor parte de sus defectos.

(8) *Ser árbitro de la fortuna y de la vida de los hombres, &c.* Ningun estado hay mas importante que el de la magistratura: ¿qué funciones hay mas respetables, ni mas dificiles de desempeñarse? Un Juez, poseido del verdadero fondo de su profesion, debe temblar cada vez que pronuncia una sentencia de muerte. ¿Qué diremos, pues, de un Magistrado prevaricador? ¿no se acrimina con el ma-

yor de los delitos quando falta á las leyes , á la justicia , á la conciencia que se eleva y grita en el fondo de su corazon, quando favorece á la iniquidad, quando oprime á la inocencia, quando es por último un verdadero calumniador, un verdadero asesino? Ningun remordimiento es suficiente á purgar crímenes tan inmensos.

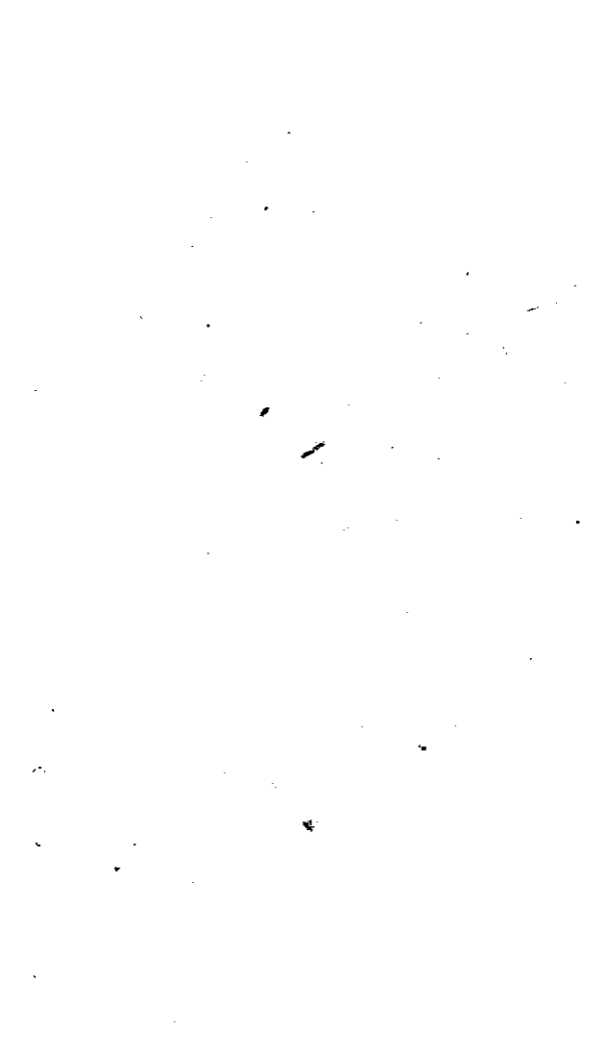
(9) *Sea que el curso de los años me fuese llenando de cierta frialdad inevitable.* El fastidio, que es acaso una de las mas crueles enfermedades del alma, no encuentra remedio muy fácilmente; es una de las incomodidades inseparables de la vejez: es una especie de muerte anticipada. ¿Y qué medios habrá para mi-

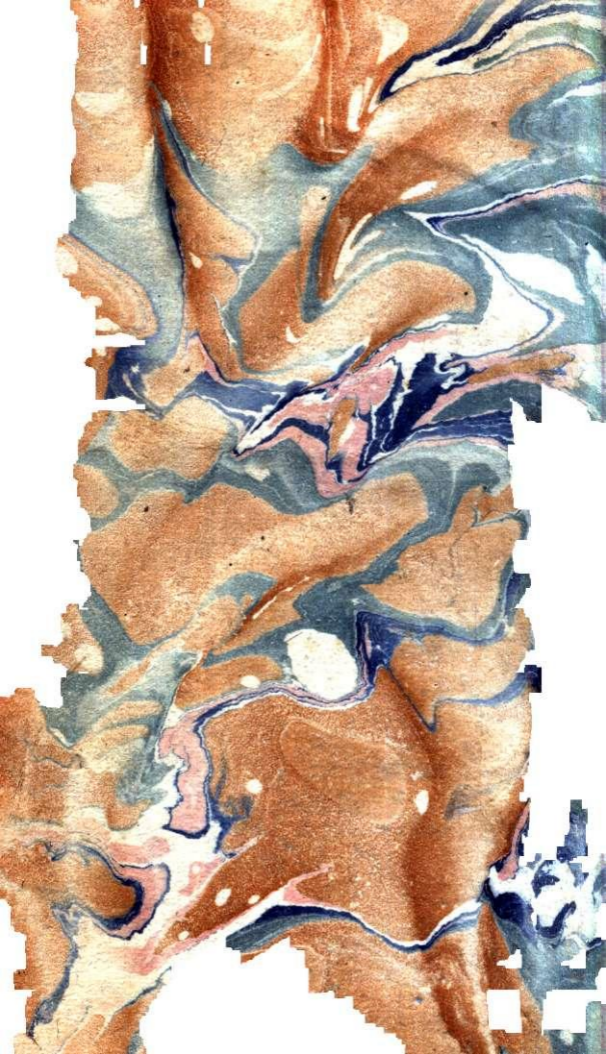
tigar este mal ya que sea imposible curarle enteramente? El virtuoso es el que puede rechazar esta epidemia que le mortifica igualmente que á todos. Recuerde en su interior sus buenas acciones; deleitese con la verdadera felicidad que ha probado, y puede probar, diciéndose: "he hecho quanto bien pude hacer." Así alejará aquel fastidio que mortifica á los muchos años, y se penetrará ademas de la ciencia admirable de saber morir, que debiéramos aprender ántes que la de saber vivir. En los diversos artículos que vamos tratando acerca de las obligaciones de los hombres, ¿cómo hemos omitido estos dos importantes objetos? ¿habrá acaso algun lector á quien no le sean de la mayor utilidad? A estas producciones interesan-

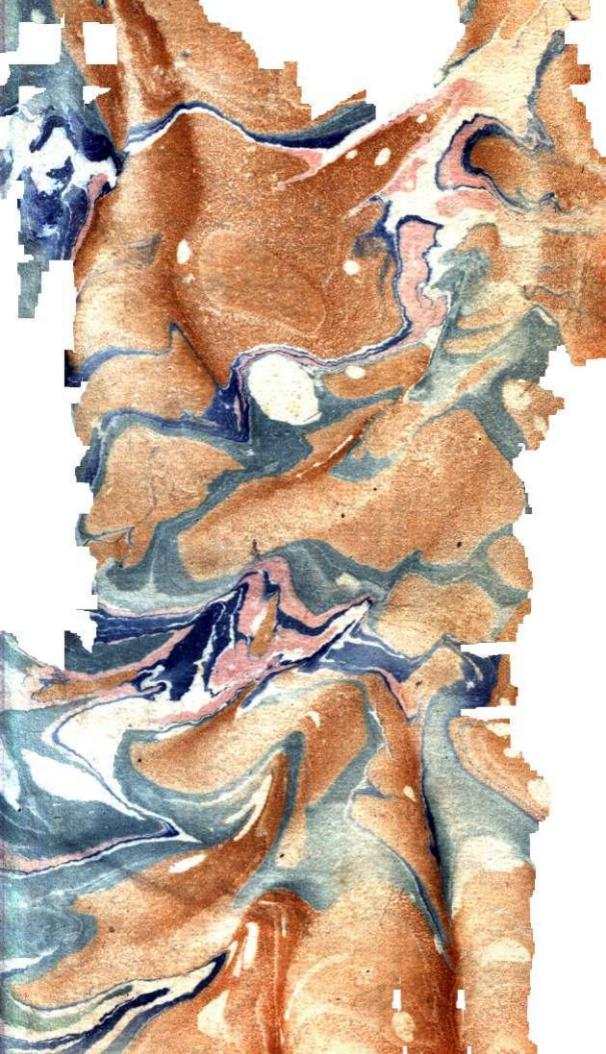
tísimas para el orden de la sociedad debe agregarse la verdadera filosofía, que es por todos títulos nuestra bienhechora.

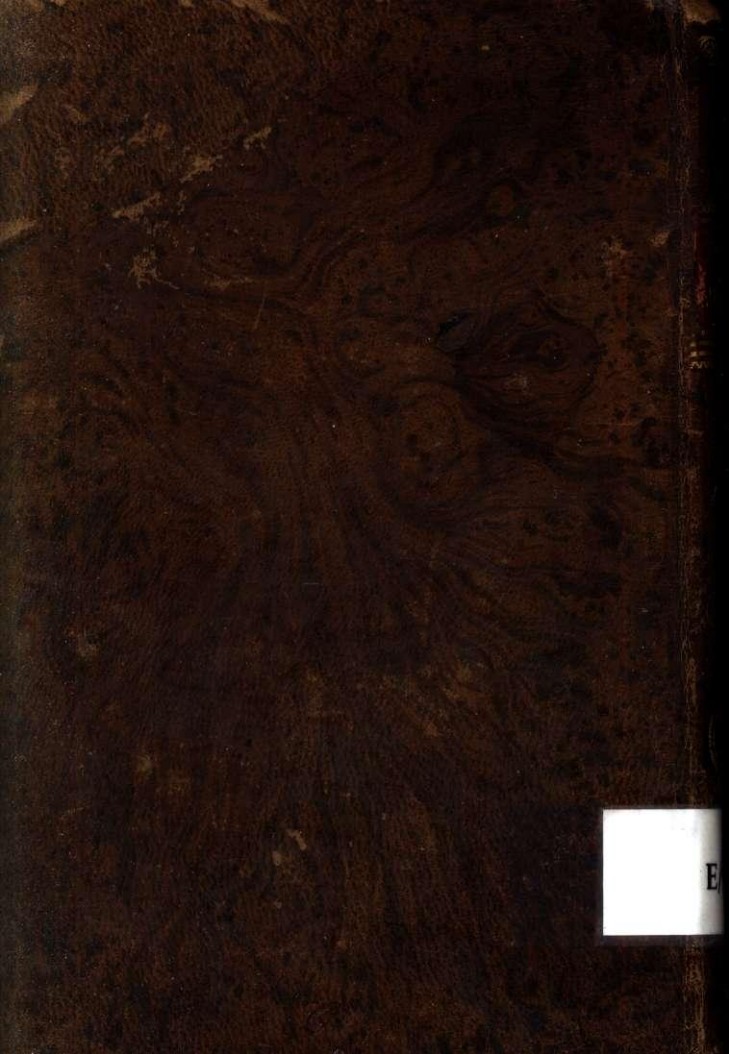
FIN DEL TOMO TERCERO.











E